


X Por el Sr. Dr. Dn. Angel León Carvajal.

1

# Bolívar desde los puntos de vista jurídico, político y sociológico

The seal of the Universidad Central del Ecuador is circular, featuring a central shield with a sun, a book, and a quill. The text "UNIVERSIDAD CENTRAL DEL ECUADOR" is written around the top, and "FUNDADA EN 1661 QUITO" is at the bottom.

(Continuación)

ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL



# Bolívar desde los puntos de vista sociológico, político y jurídico

---

## CAPITULO III

### El Libertador examina a las sociedades con arreglo a principios sociológicos

Francisco García Calderón enumera a la carta de Kingston entre las admirables creaciones políticas de Bolívar. De mi parte creo que bien podemos atribuirle caracteres netamente sociológicos, haciendo juicio respecto a su forma sapientísima de predecir los destinos futuros de cada uno de los países suramericanos. Análisis severo, profunda reflexión de las principales manifestaciones sociales relativas al estado general de éstos, caracterizan a ese precioso documento.

La singularidad y libre examen del pensamiento de Bolívar, expuestos en frase lucida e inimitable, revelan su apartamiento de la omnipotencia del prejuicio reinante. Desde entonces el discurso del genio abarca las distancias, penetra las complejidades, rasgando el velo espeso que involucra las conciencias. En la medida que avanza su pensamiento se denotan los efectos de su acción emancipadora espiritual. Siguiendo la ruta de su mentalidad independiente, atraviesa el lapso de diez lustros y toca el futuro de los pueblos con visión iluminada. Los hechos actuales deponen, claramente, sobre lo que ahora más de cien años expresó Bolívar en su carta de Kingston.

Discurre con desenfado y denuedo, de manera extraña al común de los pensadores de América, penetrando la realidad social de entonces, en sus cualidades y defectos, libre de vaci-



laciones y recelos. Su método, marcadamente positivista, demarca una era de pensamiento nuevo en los pueblos atormentados por el pensar y decir extraños, en el espacio de tres siglos. Si Compté le habría tratado y los dos hablaran sobre cuestiones sociales, acaso, le hubiese otorgado la paternidad de la Sociología, descontando, desde luego, esta denominación acordada definitivamente por el sabio francés.

El Libertador estudia lo social abstrayéndose de las generalizaciones metafísicas que dominaban el ambiente intelectual de la época. Viendo la forma analítica usada en la totalidad de la obra, no parece sino que algún notable sociólogo contemporáneo la hubiera escrito: tal es la precisión y frescura del lenguaje, tal su fuerza de penetración en los múltiples problemas económicos, religiosos, jurídicos, políticos, morales y aun internacionales. A nada de cuanto no haya pasado por su mente rinde prestancia y acatamiento: y las autoridades de otros pensadores nada pueden en su modo de pensar, sino después de hacer juicio sobre las materias disertadas por éstos. Todo lo examina, analiza y comprueba, de donde resultan esas admirables conclusiones sintéticas, a que llega, sin duda, después de hondas meditaciones.

Investiga las causas de las distintas manifestaciones sociales: busca las relaciones que lo económico, moral, religioso y político mantienen en el seno de las sociedades. Inclinado a explicarse el por qué de las cuestiones, no se da reposo mientras no llega a los principios y causas de que provienen. Observa los distintos modos de vida de las sociedades coloniales: toca en los detalles y luego generaliza. Torna en principios los resultados de sus fecundas deducciones obtenidas al cabo de acertado y profundo examen esencialmente analítico: y, de esta manera, nunca aventura una explicación de los fenómenos sociales sin encararse con la realidad.

No aparta la vista del medio en que actúa, y de uno a otro confín de América discurre mentalmente haciendo vivisección en sus entrañas. Viviseccionador de pueblos debió ser para crear Estados concordantes, en estructura y organización política, con ellos. Consecuente con los modos de su temperamento práctico y ordenador, no sueña y delira, como algunos aseguran, no divaga haciendo utopías distantes de la vida real, sino que, entre lo útil y conveniente, lo ideal y perfecto, se atiene a lo primero, para acomodar principios y reglas consonantes con las necesidades y estado de cada país,



a sus Estados. En la carta Kingston aparece de este modo. El documento de 1815 irradiaba las fulguraciones del inimitable pensador: de esa fronda espesa de pensamientos nuevos emerge el genio como una azucena de estrellas, brotado en las primeras exuberancias del continente. Desde entonces, en el jardín literario de América, por los siglos de los siglos, esa flor de luces, permanecerá despidiendo las fragancias del ideal en torno de filósofos y poetas, artistas y pensadores que fueren camino de apóstoles, en peregrinaje de lo bello.

Desde Cartagena comienza expresando sus pensamientos y libre examen, abstraídos de prejuicios y temores. El vasto campo de América, sirve, desde los comienzos de su vida pública, de fundamento e inspiración a sus especulaciones. El más grande pensador del siglo XIX, inicia sus labores en los primeros despuntamientos de las alboradas del mismo siglo, predispuesto a sembrar libertad en los espíritus y a conquistarla en el continente: y sin embargo de que esta doble finalidad le obsesiona, moviéndole a obrar sin descanso, su temperamento analítico no se aparta en un punto de la realidad social: la estudia, examina y reflexiona, al par que sostiene campañas, libra batallas, exterminando temibles y bravas legiones.

Su faena de acción y pensamiento sobrepasa en acierto y virtudes, a cuantos mortales le rodean; su expresión tersa y limpia: su estilo claro y magestuoso: sus pensamientos profundos y verdaderos: su visión ilimitada, no vistos ni usados, entonces, constituyen una novedad que deja absortas a las gentes del mundo civilizado. La fuerza de convencimiento que aporta la carta de Kingston, la copia de verdades en orden a la situación general de toda Suramérica, sugestiva revelación para las principales Potencias europeas, llaman la atención del Viejo Mundo hacia este Hemisferio. La opinión del Gobierno inglés se vuelve favorable a la causa de Bolívar, que guerrea disparando ideas y cañón, pensamientos iluminados junto con descargas que vomitan la muerte.

Y después de todo es el hombre más humano. Si provoca batallas y busca la guerra, lo hace a despecho de su voluntad y a trueque de infinitas amarguras, y porque el trance es fatal y la realidad le obliga: de otro modo su obra emancipadora la llevaría a efecto por medio de paz y tranquilo, con arreglo a sus dictámenes generosos. Y, acaso, como íntimo conocedor de los alcances de la evolución na-



tural en la vida de los pueblos, no apelara a la guerra, para finalizar su tarea: pero la abyección de sus hermanos: el dolor de muchos pueblos: los ayes de la esclavitud y el grito penetrante de la razón atormentada hirieron las fibras de su indignación y le impulsaron a romper las ataduras coloniales, con descargas de fuego, que no sólo con las del convencimiento y la razón.

Como el estilo refleja el temperamento del hombre, conocemos, mediante sus escritos, y, particularmente, por la carta ya indicada y el manifiesto de Cartagena, su aproximación inmediata a la suerte de América y su disposición a identificarse, en un todo, con su vida y destinos. De esto provenga talvez el haberse familiarizado estrechamente con las condiciones del medio en tal grado, que el dolor y las tristezas comunes, repercuten en su alma con estremecimientos de angustia. Al par que traduce, en ambos documentos, el estado de postración de la sociedad colonial, deja entrever su conmiseración profunda, y el propósito de rescatarle, a todo trance, de los crueles padecimientos sobrellevados en tres siglos. De consiguiente, previendo, desde los preliminares de la empresa libertadora éxito feliz, se entrega a elegir las formas de organización política, económica y jurídica adecuadas a cada una de las sociedades suramericanas. Se multiplican de súbito sus esferas de acción: ya es estadista, ya legislador, ya magistrado, ya político, y todo con un don supremo de organización intachable.

Cada aspecto de vida social, que toca le merece amplio y científico estudio. Por lo cual lleva siempre a cabo verdaderos trabajos de sociología, que autoriza con sus opiniones y dictámenes, principios y resoluciones, que nadie osa contradecir, fuera de ciertos políticos mediocres aferrados a la utopía y a las elocubraciones metafísicas del Contrato Social y más obras de los filósofos del siglo XVIII. Para quienes opinan respecto a la ineficacia e inaplicabilidad de sus doctrinas en el campo de la vida real, no habría sino insinuarles leyese en esa como exposición de motivos repartida en cada uno de sus documentos públicos en que sienta las bases de organización política para cada uno de los Estados futuros, así como en la carta de Kingston y el manifiesto de Cartagena. Entonces no se les vendrá en olvido el esmerado acierto de las maneras de pensamiento del Libertador sobre tan arduas y complicadas materias. No dirán que sus lecciones



dejaron de ser oportunas e inadecuadas a la vida política de nuestras Repúblicas, ni que sus postulados de organización social desentonarían con su estado de cultura y adelanto: y antes, leyéndoles desapasionadamente, habrán de convenir en orden a la verdad de sus conclusiones políticas conformes con las exigencias de cada medio. Desde luego, sus concepciones democráticas, no estarían arregladas al carácter anárquico y levantisco de varios pueblos nuestros, debido, quizás, al alarde metafísico de multitud de políticos soñadores y utópicos que, a fuerza de ensueños y pensamientos dorados, ganan el ánimo de las colectividades.

En 1815 explicó la importancia de los distintos factores físicos y morales en el desarrollo de las sociedades; examinando su acción dentro de la estructura general de cada pueblo les señaló sus destinos futuros. A la manera de Comte, él, mucho tiempo antes, ensaya el positivismo con que se ufana el pensamiento moderno. Y de esta manera, el territorio y sus condiciones de mayor o menor fertilidad, la constitución orográfica y topográfica: el clima, las condiciones atmosféricas y climatológicas, los caracteres étnicos, las costumbres, la tradición, el hábito, y, por fin, la psicología, en común y particularmente, constituyen abundante material para sus trabajos de construcción política.

Mucha razón asiste a quienes le creen el pensador de la revolución suramericana. La rapidez de sus concepciones, la honda penetración de sus pensamientos y la prontitud con que acierta en el fondo de las cosas, pasman, maravillan e inclinan a pensarle un alucinado; pero viéndole absorto en todo momento, y recordando su manera analítica de reflexión, su examen metódico al rededor de las cuestiones sociales, venimos en el convencimiento de su constante pensar, de su agitación interior permanente, de su labor implacable y tenaz sobre el mundo exterior. También nos lleva este convencimiento a medir el grado de aprecio que al tiempo profesaba. Trabajador infatigable, laborioso eminente: digno es por tal le tengamos como dechado de estadistas, magistrados, legisladores, hombres públicos, políticos y pensadores: quienes no apreciamos el tiempo, desperdiciamos las horas sin medir el minuto que pasa llevándonos un girón de vida malgastada: quienes amontonamos deberes y grandes responsabilidades a nuestra carga, sin medir las propias fuerzas, ni apreciar nuestras capacidades debemos hacer cuenta de cómo



los grandes, los verdaderamente grandes, con todo de conocerse idóneos y suficientes, para el cumplimiento de sus destinos, profesan inmensa importancia al tiempo y no le dejan pasar, llevando vestigios de vida descuidada, desgraciadamente invertida, sin huellas de buena labor y trabajo provechoso. Para quienes defraudan las aspiraciones de las sociedades, comprometen la dignidad de la nación, llevando vida fastuosa a costa de los contribuyentes, abstrayéndose de la suprema obligación de trabajar cuotidianamente en rescate de la salud común, sin nombre sea protesta y condena y sus manos descárguenles anatema.

No trata a las sociedades en abstracto; y, por ende, no viene a creer en una Sociedad única, originada en la voluntad divina; piensa en la individualidad de los pueblos, determinada en razón de épocas y circunstancias, lugares y maneras de vida. Sin dejar de ver los rasgos comunes que enlazan a la especie humana, a cuya virtud es una e idéntica siempre, al través de las edades, observa infinitas diferencias entre cada sociedad, en mérito de cultura, creencias, tradición, etc. Al señalar las influencias del factor psicológico en la vida social, hizo una maestra especificación de nuestras condiciones etnológicas, exponiéndolas como condicionantes de las modalidades de aquéllas. Al territorio atribuye primordial papel sobre las condiciones de sus habitantes, dejando ver que la adaptación produce esa serie de matices y variedades peculiares en cada pueblo. En suma no ignora nada de lo referente a la cuestión social dominante en las sociedades suramericanas. Su vida se traduce en una permanente jornada de observación: un hecho social cualquiera, un incidente particular en la vida de las instituciones, una acción política aislada, las demostraciones públicas de las colectividades, nada de lo religioso, de lo jurídico, de lo moral, etc., pasa inadvertido, porque sobre todo recaen su examen e investigación.

La circunstancia de ser el suyo el puesto más destacado en el rol social de los pueblos, le dispensaba recursos de dominar prejuicios y rivalidades de partidos, de colocarse arriba de todos y señorear el ambiente de su tiempo. Entonces aquella operación mental, continua y tenaz, en el curso de sus actos intelectuales, ejecuta con lucidez e imparcialidad: y, por el mismo caso, encuentra ocasión de penetrar, como nadie, en la constitución y naturaleza de las sociedades: las



conoce a fondo. De esta manera estudia mejor a la naturaleza, sin atormentar la mente discurriendo cuotidianamente por bibliotecas, leyendo archivos de los sabios, ni asimilando doctrinas abstrusas, que ahogan, las más veces, la originalidad individual. Su libro es la Naturaleza: su campo de observación las leyes que la rigen y los fenómenos que ostenta. Aprende de esta colosal maestra, cuanto él desea. No se diga que tuvo largo tiempo de aulas y estudio, dado su corto lapso de permanencia en Europa y las continuas interrupciones de trabajo, en las veces que estuvo allí, por varios sucesos que estorbaron la tranquilidad de su existencia. Su preparación fue intensa, sin duda, pero corta, incluyendo la de su adolescencia efectuada bajo la dirección de maestros de indiscutible valía. Pero en el común de los hombres una preparación así, de tan poco tiempo, verificada a intervalos, durante una vida agitada, no produce sino efectos medianos, por no decir, nulos. Y aun en él, acaso, diera los mismos resultados si, saliendo del aula de los doctos, no diese rienda suelta a sus pensamientos e investigaciones personales en todas las direcciones del vasto laboratorio de la Naturaleza, limitado por la comba del firmamento, arriba, y por la inmensidad del espacio, en los otros lados. Sin duda, el Creador, puso a sus alcances todas las esferas del espíritu, para que las recorriese al claror de llamas que la razón atizaba. Sólo así atinaría este mortal a oír el habla de los siglos, al través de la velocidad del tiempo que arrastra a las generaciones, como las corrientes llevan a las arenas.

Sin alardes de explicación científica expone con admirable amplitud de criterio las múltiples causas de todas las manifestaciones de la realidad social de los países indo-hispanos. Empleando procedimientos de análisis lógicos y certeros discurre por el corazón de los problemas morales, políticos, económicos, etc., y remata en conclusiones de verdadero sentido generalizador. Así, pues, verifica un estudio práctico de lo social para inducir las leyes que lo rigen: de donde colegimos su acierto y profundidad en el pensar con arreglo a normas aún no divulgadas entonces, a virtud de no proponerse la entidad social como objetivo de un orden de conocimientos científicos diverso de los demás del mundo exterior: en las clasificaciones sinópticas aún no figuraba la nueva ciencia bautizada por Augusto Comte con el nombre de Sociología, y, la visión científica de lo social no había de-



terminado sino aspectos parciales de la Sociedad como objetos de disciplinas independientes, poniendo aparte, desde luego, a Montesquieu que, en justificación de sus aseveraciones respecto de lo social, había dicho: «Yo no he sacado mis principios de mis prejuicios sino de la naturaleza de las cosas».

Conque sino se le pasaron los días de su juventud en estudio y rebuscamiento de archivos, pasando de aula en aula, oyendo de boca de los maestros teorías y doctrinas que asimilar, para tener abundante material de pensamiento y de juicio, es de convenir que sus principios sacaba de la naturaleza de la realidad social, examinada en detalle con espíritu analítico, que la impelía a seguir grandes conclusiones conforme con la totalidad de la vida social. Ve a las sociedades de la colonia desde muy alto, sin poner alarma en las incidencias y detalles que aparentan involucrar el fondo de los problemas; busca las relaciones de causa a efecto en todos los fenómenos sociales, sin dejar el todo por detenerse en las partes, y sin abstraerse de éstas por contemplar el todo. Domina el conjunto analizando la multiplicidad; entrevé la unidad al través de la variedad: y así la Sociedad total constituye el objeto de sus pensamientos. Tomaré algunos escritos suyos que, a mi juicio, (siendo luminosos como todo lo emanado de su pluma), expresan el hondo examen positivo que tornó característica a su manera de pensamiento, con más vigor y fuerza.

---

Desde Cartagena dirigió a los habitantes de Nueva Granada el manifiesto de 1812. Este célebre escrito abarca puntos de vista múltiples y denota la tendencia dominante de su autor de recomenzar la lucha emancipadora en Venezuela, valiéndose de elementos granadinos. Las cuestiones primordiales que en él trata son de carácter político que no guardan relación sino muy remota con el asunto de este Capítulo. Empero el primor de la exposición, la frescura y belleza de estilo, lo nuevo y profundo de sus pensamientos, y, en especial, el don de explicar todo remontándolo a sus principios y causas respectivas con tal lucidez y fuerza de lógica, que llevan al convencimiento irresistiblemente, me obligan in-



sertar en este lugar algunos párrafos, y, además, porque el aludido documento refleja la imagen de una mente genial que iniciaba sus labores irradiando claridad por los ámbitos, cual si fuera capullos de auroras que empujando tinieblas, abatiendo tempestades, reventase con el nuevo día anunciando largo período de luz. La faz del horizonte americano perdida en la oscuridad del ambiente, embozado todo con un manto de espesas tinieblas, en recibiendo los primeros rayos del pensamiento bolivariano, empieza demostrándose al mundo civilizado alba y pura, radiante de juventud y plena de virtualidades. Bolívar la exhibía ardiendo en llamas encendidas por las sonrisas de Dios. El manifiesto contiene párrafos como estos: «Yo soy, granadinos, un hijo de la infeliz Caracas, escapado prodigiosamente de en medio de sus ruinas físicas y políticas, que siempre fiel al sistema liberal y justo que proclamó mi patria, he venido a seguir aquí los estandartes de la independencia, que tan gloriosamente tremolan en estos Estados.»

«Permitidme que animado de un celo patriótico me atreva a dirigirme a vosotros, para indicaros ligeramente las causas que condujeron a Venezuela a su destrucción: lisonjeándome que las terribles y ejemplares lecciones que ha dado aquella extinguida república, persuadan a la América, a mejorar de conducta, corrigiendo los vicios de unidad, solidez y energía que se notan en sus gobiernos.»

«Los códigos que consultan nuestros magistrados, no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del Gobierno, sino los que han formado ciertos buenos visionarios que, IMAGINANDOSE REPUBLICAS AEREAS HAN PROCURADO ALCANZAR LA PERFECCION POLITICA, PRESUPONIENDO LA PERFECTIBILIDAD DEL LINAJE HUMANO. Por manera que tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados. Con semejante subversión de principios y de cosas, el orden social se sintió extremadamente conmovido y desde luego corrió el Estado a pasos agigantados a una disolución universal, que bien pronto se vió realizada.»

«Las repúblicas, (decían nuestros estadistas) no han menester de hombres pagados para mantener su libertad. Todos los ciudadanos serán soldados cuando nos ataque el enemigo. Grecia, Roma, Venecia, Génova, Suiza, Holanda, y recientemente el Norte de América, vencieron a sus contra-



rios sin auxilio de tropas mercenarias siempre prontas a sostener al despotismo y a subyugar a sus conciudadanos.»

«Con estos antipáticos e inexactos raciocinios, fascinaban a los simples: pero no convencían a los prudentes que conocían bien la inmensa diferencia que hay entre los pueblos, los tiempos y las costumbres de aquellas repúblicas y las nuestras. Ellas, es verdad que no pagaban ejércitos permanentes; mas era porque en la antigüedad no los había, y sólo confiaban la salvación y la gloria de los Estados, en sus virtudes políticas, costumbres severas y carácter militar: cualidades que nosotros estamos muy distantes de poseer. Y en cuanto a las modernas que han sacudido el yugo de sus tiranos, es notorio que han mantenido el competente número de veteranos que exige su seguridad: exceptuando al Norte de América, que estando en paz con todo el mundo, y guarnecido por el mar, no ha tenido por conveniente sostener en estos últimos años el completo de tropa veterana que necesita para la defensa de sus fronteras y plazas.»

«La disipación de las rentas públicas en objetos frívolos y perjudiciales; y particularmente en sueldos de infinidad de oficinistas, secretarios, jueces magistrados, legisladores provinciales y federales, dió un golpe mortal a la República, porque la obligó a recurrir al peligroso expediente de establecer el papel moneda, sin otra garantía que la fuerza y las rentas imaginarias de la confederación. Esta nueva moneda pareció a los ojos de los más, una violación manifiesta del derecho de propiedad, porque se conceptuaban despojados de objetos de intrínseco valor, en cambio de otros cuyo precio era incierto y aún ideal. El papel moneda remató el descontento de los estólidlos pueblos internos, que llamaron al comandante de las tropas españolas para que viniese a librarlos de una moneda que veían con más horror que la servidumbre.»

«Pero, lo que debilitó más al Gobierno de Venezuela, fue la forma federal que adoptó, siguiendo las máximas exageradas de los derechos del hombre, que autorizándole para que se rija por sí mismo, rompe los pactos sociales, y constituye a las naciones en anarquía. Tal era el verdadero estado de la confederación. Cada provincia se gobernaba independientemente; y a ejemplo de éstas cada ciudad pretendía iguales facultades alegando la práctica de aquéllas, y la teoría de que todos los hombres, y todos los pueblos, gozan de la prerrogativa de instituir a su antojo el gobierno que les acomode.»



«El sistema federal, bien que sea el más perfecto, y más capaz de proporcionar la felicidad humana en sociedad, es, no obstante, el más opuesto a los intereses de nuestros nacientes Estados. Generalmente hablando nuestros ciudadanos no se hallan en actitud de ejercer por sí mismos y ampliamente sus derechos: porque carecen de virtudes políticas que caracterizan al verdadero republicano: virtudes que no se adquieren en los gobiernos absolutos, en donde se desconocen los derechos y deberes del ciudadano.»

«Por otra parte ¿qué país del mundo por morigerado y republicano que sea, podrá, en medio de las facciones intestinas y de una guerra exterior, regirse por un gobierno tan complicado y débil como el federal? No es posible conservarlo en el tumulto de los combates y de los partidos. ES PRECISO QUE EL GOBIERNO SE IDENTIFIQUE, POR DECIRLO ASI, AL CARACTER DE LAS CIRCUNSTANCIAS, DE LOS TIEMPOS Y DE LOS HOMBRES QUE LO RODEAN. Si estos son prósperos y serenos, él debe ser dulce y protector: pero si son calamitosos y turbulentos, él debe mostrarse terrible, y armarse de una firmeza igual a la de los peligros, etc.....»

«Yo soy de sentir que mientras no centralicemos nuestros gobiernos americanos, los enemigos obtendrán las más completas ventajas; seremos indefectiblemente envueltos en los horrores de las disenciones civiles y conquistados vilipendiosamente por esos puñados de bandidos que infestan nuestras comarcas.»

«Las elecciones populares hechas por los rústicos del campo, y por los intrigantes moradores de las ciudades, añaden un obstáculo más a la práctica de la federación, entre nosotros: porque los unos son tan ignorantes que hacen sus votaciones maquinalmente, y los otros tan ambiciosos que todo lo convierten en facción: por lo que jamás se vió en Venezuela una votación libre y acertada: lo que ponía el gobierno en manos de hombres ya desafectos a la causa, ya ineptos, ya inmorales. El espíritu de partido decidía en todo, y por consiguiente nos desorganizó más de lo que las circunstancias hicieron. Nuestra división y no las armas españolas nos tornó a la esclavitud.»

Estos párrafos pertenecen a uno de los primeros documentos públicos de Bolívar, que comienza sus trabajos con lucimiento y acierto inimitables. Infunde el convencimiento



de haber observado las cuestiones sociales penetrándolas en el fondo. En el desarrollo del famoso manifiesto aplica un orden y sistema admirables, no obstante su juventud y el trabucamiento de ideas y cosas, según él afirma. Atiende de preferencia a la aplicabilidad de las doctrinas: manteniendo su independencia de criterio y serenidad de análisis, en medio de ese laberinto de opiniones y pensamientos de tanto político, se abstrae de la vulgaridad científica y discurre por esferas a donde no miran los visionarios que suben a la utopía a bordar ensueños muy lejos de la realidad. Sordos a las exigencias del medio, ciegos ante las dolorosas experiencias de dos años de sacrificios estériles no quieren reflexionar en lo real y triste de la situación, cual si pretendieran desahogar la nostalgia de su impotencia en los halagos de la fantasía. Organizan Estados y legislan como si lo hicieran para hombres perfectos. Por no atender a las circunstancias del momento, sientan reglas de carácter general que luego contradicen y desbaratan. Tanto soñar, tanto divagar al rededor de sistemas abstractos hacen agostar las fuerzas sociales, dividiendo a los hombres, suscitando partidos y sembrando el pánico en las sociedades ante el fracaso y la ruina colectiva.

Fatales acontecimientos sucedíanse unos tras otros, en ese interregno sombrío del pensamiento. Sin una luz en el levante del horizonte intelectual, el egoísmo enseñoreado de la razón, cual monarca de la muerte, había tocado arrebatado de ira contra la patria y la libertad. Siempre ha sido el egoísmo mal consejero, tirano, salteador de la paz, entidad funesta que engulle sin descanso honor, tranquilidad y todo bien particular o colectivo. Y en ese período histórico fue todo y también asesino del pensamiento libre.

Bolívar tuvo necesidad de arremeter también contra ese foragido temible y poderoso, tanto más temible y poderoso, cuanto que había extendido su imperio de uno a otro confín de Venezuela y Nueva Granada: desde entonces es rescatador de las conciencias atadas a esa vil coyunda, defensor de los fueros del pensamiento y estupendo paladín de la razón. Comienza su faena siendo múltiple: inicia su labor emancipadora tras de conseguir todas las libertades.

Y helo allí cual un dios irritado azotando con ráfagas a los hombres y los pueblos rebeldes a sus destinos racionales. Les amonesta hacia el rescate, previa explicación del sin sentido de las utopías políticas. Anota las causas de tanto de-



sastre social, una a una; atribuye importancia capital a la elección de la forma de Gobierno, y compartiendo con el sentir de Montesquieu en orden a la necesidad ineludible de acomodar una que concordase con la índole de los pueblos, sus hábitos, costumbres, estado de cultura, civilización, etc., rechaza valientemente las teorías del Contrato Social y todo linaje de doctrinas inaplicables a la vida real. Enseña reglas de conducta civil y política sacadas de sus profundas meditaciones sobre el medio: él es maestro, guía y conductor de los pueblos: sus principios no saca al acaso sino de la experiencia, luego de estudiar las distintas manifestaciones de las sociedades. Como primera providencia recomienda la forma central de Gobierno, indicando que la federación, «bien que sea el más perfecto, y más capaz de proporcionar la felicidad humana en sociedad, es, no obstante, la más opuesta a los intereses de nuestros Estados. Generalmente hablando, dice, todavía nuestros conciudadanos no se hallan en actitud de ejercer por sí mismos y ampliamente sus derechos: porque carecen de las virtudes políticas que caracterizan al verdadero republicano». Pensador severo, sabio: analizador implacable de la realidad: sus lecciones son eternas como la inmortalidad de su nombre: eran para esos hombres, para los nuestros y para las generaciones futuras: tan oportunas y necesarias en nuestros tiempos, como lo eran en los albores de la independencia. Espejo de legisladores y magistrados; estrella del levante que no ha escalado ninguna altura en el firmamento espiritual de América, porque los estadistas, los políticos, los magistrados, los legisladores, los funcionarios públicos, hasta cierta parte de las mismas juventudes, no quieren oírle a él que vive hablando desde la suprema atalaya de los siglos: la Historia nos habla, nos amonesta, nos enseña del modo que a los granadinos hacía en 1812. Con poca diferencia, las cosas siguen las mismas al cabo de cien años y más, y los que anhelamos vivir democráticamente, conforme a sus enseñanzas, pensamos que al Libertador tenemos muy lejos de nuestros hogares espirituales: si durante su vida material no se expatrió, o mejor dicho, no alcanzó a expatriarse por su querer, en la hora de ahora, su espíritu se ha remontado a remotos lugares, que cada día que pasa, suben y suben hacia arriba, entre tanto que nosotros descendemos en rápida carrera hacia abajo, haciendo más sensible la diferencia de lo perfecto y lo imperfecto de sus actos y doctrinas con nues-



tras prácticas y procedimientos, que instante por instante, desdicen lo enseñado por él.

Enseña a los legisladores ciertas reglas fundamentales, imprescindibles y necesarias a todo buen ciudadano que integre un parlamento. Por ende, la buena ley finca no tanto en su perfección metafísica, cuanto en el hecho de ser acomodada al pueblo que ha de regir en orden a todas sus condiciones sociales. Ha de ser reflejo de las necesidades públicas, expresión del sentimiento común, y paralela en cálculo y tendencias con el grado de cultura. Lo que presupone en un miembro del parlamento preparación práctica en junta del conocimiento íntimo del medio, para el cual va a legislar. Recomienda civismo, desinterés, virtudes republicanas, abnegación y preparación amplia en los funcionarios públicos: y, especialmente, el sentido de lo real que pone en cobro contra toda celada de la utopía, cuando dice: «Los códigos que consultaban nuestros magistrados, no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del Gobierno, sino los que han formado ciertos buenos visionarios que, imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política, suponiendo la perfectibilidad del linaje humano».

Felices razonamientos, sapientísima prevención contra las acechanzas de la fantasía, que en el decurso de cien años, ha impedido la penetración de nuestros pensadores en el corazón de nuestros problemas suramericanos. Raza adherida al ensueño la nuestra, ha sentido golpes mortales de la realidad, a cada paso. Cuán felices, cuán mejor estaríamos si nuestros organizadores, poniendo al traste las utopías, modestos y sencillos, hubiesen acordado leyes y principios consecuentes con el temperamento y modo de ser en general de nuestras sociedades.

Lo anterior demuestra fielmente lo asentado tocante a sus maneras de pensamiento enteramente nuevas. Su tendencia a encontrar las causas de los movimientos predominantes en los centros sociales que recorría, se dibuja desde el manifiesto de Cartagena. Como decía, sino tiene importancia desde el punto de vista sociológico, el documento que me ocupa, sino en poca parte, creí adecuado insertarlo en este lugar, por considerarle como primer caudal de las fuentes psicológicas del Libertador. Vertió en él su mente poderosa primores de pensamiento, de juicio y de raciocinio: fue la primera joya modelada por el gran artífice que empezó a considerarse ar-



mado de todas armas, asistido de todos los talentos y de fuerzas inconmesurables para acometerla enorme empresa en que al iniciarse cayeron fatigados de cansancio y de impotencia multiplicidad de espíritus que tomaron por su cuenta el ensayo.

Hemos visto la vastedad de su visión, al través de las innumerables complicaciones impenetrables al común de las gentes; queda comprobada su independencia de juicio y de pensamiento en medio de la algarabía de ideas, opiniones y doctrinas, así como establecido el dominio de sí mismo junto con la penetración que tuvo de su invalorable responsabilidad como director de los destinos del Continente. Hace falta solo una cosa, sencilla al parecer, pero elocuente y provechosa, por cuanto da a conocer las proporciones de su finalidad, dando carácter continental a sus mirajes, cuando dice: «Permitidme que animado de un celo patriótico me atreva a dirigirme a vosotros, para indicaros ligeramente las causas que condujeron a Venezuela a su destrucción: lisonjeándome de que las terribles y ejemplares lecciones que ha dado aquella extinguida República, persuadan a la América, a mejorar de conducta, corrijiendo los vicios de unidad, solidez y energía que se notan en sus gobiernos.»

Consecuente consigo mismo en todos los momentos, no olvida el juramento del Monte Sacro, por el cual se comprometió dedicarse exclusivamente a la liberación de América, separándose del empeño localista que los demás patriotas hicieron ostensible, trabajando dentro de las respectivas circunscripciones territoriales. Sus intereses coinciden con los de América: su vista ha roto las fronteras de las patrias pequeñas, para llegar a la que resume el concepto más humano e ideal de la autonomía espiritual del continente. Lo tenemos ya recorriendo mentalmente por toda la extensión de nuestro hemisferio, midiendo las distancias e interesándose por la suerte de algunos millones de hombres, procurando sacar lecciones de los fracasos y reglas de conducta general de los padecimientos colectivos en beneficio de América.

El primor de su palabra fluída y tersa como los pensamientos que expresa: la euritmia de la frase recamada con llamas de espíritu consueñan en un todo con la alteza y severidad del asunto. En cada expresión, el Manifiesto expone sentencias, y cada sentencia refleja raudales de luz y fuego que emanan de la mente del nuevo apóstol que vino a la vida con la consigna de abrir surcos en las conciencias para



multiplicar las siembras del Divino Maestro. Por eso comienza divulgando el credo republicano entre los primeros convertidos a la sublime doctrina de la Libertad, ante la cual quiere no se prosternen los magistrados, los legisladores, los funcionarios públicos que han profanado el templo de la Democracia, defraudando al pueblo, delinquiendo en los parlamentos, los tribunales y las magistraturas políticas. El civismo y las virtudes republicanas son insignias de mi templo, les dice, a los fariseos de la patria: si no comulgáis con ellas, idos, salteadores indignos, de mi casa sacrosanta a vuestro cubil de forajidos.

De aquí se ve la ineficacia de tanto poema y loanza en loor de Bolívar, hechos sin fe de ciudadanos puros, mas si con la hipocresía que es ludibrio de tanto cantor impuro, de tanto político arribista, que aun señorean con engaños las sociedades políticas del continente.

Ese apego a las virtudes públicas, cuya práctica fue siempre asunto primordial de su vida, se deja sospechar desde el mencionado Manifiesto. Cual si la mano de Dios hubiese ungido su espíritu con el óleo de la divinidad en las cimas del Aventino, al hacer su aparecimiento ante las colectividades, se demuestra impoluto de corazón y árbitro de las virtudes ciudadanas. A esta virtud el escrito de Cartagena será siempre el Decálogo, donde consignó Bolívar los mandamientos del ciudadano de América. Fariseos de la patria no admiréis al Libertador: no viváis mancillando su nombre con vuestras lenguas corrompidas; para que merezcáis bien de él y de los pueblos, oíd sus enseñanzas y ponedlas por obra: esto quiso, esto enseñó, no la mentira política vuestra con que le estáis desalojando a cada instante de su propio hogar, a fuerza de aplebeyar a las masas y de extirpar el sentimiento de la ciudadanía, con tanto comprar y vender el voto en las justas cívicas, llamadas con escarnio, sufragio libre.

---

Sabiendo que las grandes obras humanas suelen caracterizarse por la índole de pensamiento filosófico que las domina, he estimado corriente fijar la atención en la parte de labor intelectual que ejecutara el Libertador. Los diversos documen-



tos difundidos por América mientras tuvo a su cargo dirigirla, escribiéndolos hallándose en íntimo contacto con las necesidades de los pueblos, su psicología, costumbres, etc. Y dado su empeño en coordinar las cosas con arreglo a la lógica de las circunstancias, sus planes de organización política referente a los nuevos Estados, constituyen perfecta demostración de esa equilibrada manera de pensamiento.

En la carta de Kingston sobresale gallardamente esta modalidad espiritual. El precioso escrito tiene de todo: belleza literaria, pulcritud de expresión, tendencias elevadas, mirajes sublimes, copia de ideas brillantes, pensamientos profundos, penetración del futuro, examen de lo social, conocimiento de los hombres, de la vida de la humanidad en el pasado, mediante una sapiente comprensión de la Historia; si bien resalta más el discurso científico de lo social, al través de múltiples manifestaciones.

En lo exterior el criterio pertinente a la situación general de América no coincidía con lo real y verdadero. La prensa de España, como era natural, ponía afán en conducir la opinión internacional a su favor, velando las cosas que ocurrían aquende los mares. Nación prestigiosa aquella, hacía por su causa lo que los países de la colonia no podían ni lo hubieran hecho, supuesta su posición inferior en todo género de recursos: intelectuales, económicos, científicos, etc., y sobre todo, la carencia de relaciones con las principales potencias europeas. Al Libertador no se le ignoraba esta circunstancia. Asistido de prontitud asombrosa en sus concepciones y juicios dióla importancia capital, e inmediatamente emprendió la tarea de exhibir a América, con arreglo a la verdad y a sus intereses. Nunca se le pasaron las oportunidades sin que él llevara a cabo su obra divulgadora. La de haberle dirigido una carta cierto caballero en Jamaica, al respecto de muchos e importantes problemas que tenían parte con la situación y el porvenir del continente, fue causa para que él escribiera en contestación, el luminoso documento, cuyos párrafos principales los transcribiré luego.

La mayor parte de los suramericanos no sospechaban el trabajo contrario de España ante la opinión del mundo ilustrado, tendiente a producir desconcepto de la América latina; y si muchos la advertían, porque no dieran importancia, o a falta de recursos intelectuales y arrestos, guardaban silencio, en espera de que la hora de la emancipación sería llegada.



Pero Bolívar no soporta la guerra de conceptos y de palabras de la madre patria, que para sus designios es ocasión propicia de medirse contra el enemigo, como contrario de infinitos alcances: justa en toda clase de lidias, empleando las armas que la índole de guerrear le exige. Ya dispara cañones, ya deja correr su verbo en raudales de fuego que prende entusiasmo bélico en las multitudes, ya esgrime el pensamiento, que vuela a contrarrestar la mentira del contrario, cual si ráfagas encendidas cayeran sobre ella.

En setiembre de 1815 no cesa de batallar: pero en esta vez batalla haciendo cargas formidables con la inteligencia: ésta hace maravillas. La mayor consiste en haber tomado al Continente en el instante que le llevaba el tiempo, en su rápida carrera, al cabo de ciento y más años, para demostrar a Europa que el destino depararía a América gran lugar en el concierto de las Naciones cultas, y que, por tanto, aquélla no debía desconfiar, so pretexto de incultura y debilidad de las futuras Repúblicas, a la sazón todavía esclavas.

El texto de esa misiva hace comprender una múltiple finalidad en su autor. La guerra libertadora había menester de una confianza segura de varias potencias europeas, en su victoria y beneficiosos resultados. Necesitaba labrarse opinión favorable de parte de estas, a fin de que permitieran libre circulación de artículos de comercio, y a su vez se dieran por el apoyo a su sagrada causa. Era indispensable poner una valla moral entre la Metrópoli y los demás países, para evitar una posible coalición de potencias fuertes contra pueblos débiles y pobres. Lo cual no se obtendría sino a condición de hacer conocer a América, en su estado verdadero, en su situación social y en sus ricas y opulentas virtualidades etnológicas, ante la opinión ilustrada del mundo internacional. Esto se propone hacer ese hombre fulgurante. Comprende que su labor no ha de reducirse a dirigir sólo batallas que siembran la muerte: sospecha que su obra era tanto más compleja cuanto más alta y humana era su finalidad: que requería estudio, organización, pensamiento, ciencia, cordura; y helo allí de sabio y maestro, dejando hablar por su espíritu a la América toda, que sintetizada en su genio multiforme, se refleja al mundo con la parte noble y brillante de todas sus cualidades. (Estudien con tiento al Libertador en esta pieza admirable los políticos que tanto alardean



admirarle. Acaso sus hechos nefandos de infamias y calumnias, lleguen a contradecir la totalidad de sus doctrinas).

Ligado a los destinos del Continente emplea suma diligencia y esmero cuando trata de las cosas concernientes a éste. En todos sus escritos enseña, alecciona: en todos denota análisis profundo de los asuntos colectivos. En todos se muestra expresivo, preciso, severo, pulcro; en todos hay alteza, originalidad única e inconfundible con acopio opulento de reflexiones esmeradas y convincentes. En ninguno desciende de las cimas desde donde atalaya el curso de los acontecimientos, de las sociedades y el manejo de los hombres, siendo científico en cada cual, a su modo y con porte magistral; pero en ninguno culminó más en pensamiento, visión científica y análisis que en la carta mencionada. Muestra prodigios de sapiencia, a pesar de su natural modestia, según la cual dice: «En mi opinión, es imposible responder a las preguntas con que U. me ha honrado. El mismo Humboldt, con su universalidad de conocimientos teóricos y prácticos, apenas lo haría con exactitud; porque, si bien una parte de la estadística y de la revolución de América es conocida, me atrevo a asegurar que la mayor está cubierta de tinieblas, y por consecuencia sólo pueden ofrecerse conjeturas, más o menos aproximadas, sobre todo en lo relativo a la suerte futura y a los verdaderos proyectos de los americanos; pues, cuantas combinaciones suministra la historia de las Naciones, de otras tantas es susceptible la nuestra, por sus posiciones físicas, por las vicisitudes de la guerra y por los cálculos de la política.»

Este como temor manifiestado en las palabras anteriores, no pudo faltarle. Los grandes pensadores no aventuran sus juicios; piensan sobre seguro y al rededor de ideas fundamentales provenientes de datos y cuenta exacta de los hechos. Describir la situación social de América; pronunciar juicio propio en orden a los destinos futuros de ésta; determinar los alcances de la guerra emancipadora, en realidad, era imposible: ¿Dónde la estadística económica, social y jurídica; la demográfica, política y religiosa, la industrial, agrícola, comercial, civil, etc., y, especialmente, la militar suramericanas? No había sino datos aislados e inciertos sobre cada una, y no a los alcances de todos. ¿Cómo pudo hacerlos Bolívar si no existían? Haciendo, sin duda, examen mental de la forma de vida general del Continente, bastóse para empren-



der obra tan colosal. Mente soberana la suya, que de pocos detalles, aislados sucesos, circunstancias aparentemente inciertas, hechos oscuros y movimientos bélicos aventurados, sacó conclusiones imponderables.

Nos deja sobre cogidos viéndole discurrir por infinidad de cosas que a nosotros estarían ocultas: diríamos que recorre el mundo exterior e interior dando vuelos a la luz de muchas llamas en que arde todo él. Penetra lo recóndito y acaso con los tesoros ocultos en los arcanos tiene cuentas su genio. Para predecir el futuro hubo de caminar una ruta no sospechada por los demás, luego de haberla delineado a fuerza de cálculo y reflexión. No parece sino que, abstrayéndose de la vida real, se hubiera embarcado en un navío colosal del tiempo junto con las sociedades suramericanas, cuyo desarrollo inspeccionaría, al seguir rumbo hacia el porvenir. Pero no: su obra es práctica, realizada dentro del orden de las leyes naturales del pensamiento. De otro modo nos veríamos en el triste caso de juzgarle extrahumano y de calidad extraña a la de los hombres: y, al contrario, es eminentemente humana su obra: sus prácticas y labor tendieron rectamente a humanizar, aumentando un gran acervo de cultura al mundo. Lo adorable, lo admirable, lo casi inimitable de su vida finca en haberla vuelto perpetuo holocausto a cambio del bien común, empleando sus dotes superiores, a trueque de sacrificios cotidianos, para ver de conseguirlo.

Y precisamente porque estas virtudes extraordinarias son decisivas en el desenvolvimiento de las sociedades, fuese por su poder mágico de alivianar la materia, levantando el espíritu y el pensamiento; fuese por su eficiencia en extender la moral, dilatándola en raudales por las esferas de la vida práctica, y fuese, en fin, por su valor utilizable en forma de modelo de conducta ciudadana, despiertan amor inefable por el Libertador que las hubo con abundancia, practicándolas con perfección en el decurso de su existencia.

Y este el motivo capital que mueve a estudiarle en todas las fases de su vida. Si advirtiéramos que su labor intelectual es inoficiosa, infecunda y estéril nos bastaría con haberle dedicado gratitud eterna en pago de su liberación: y como los ideales superiores, pronunciados en pro del perfeccionamiento humano, por las grandes almas no tienen el destino de la muerte, los suyos viven y vivirán alumbrando los caminos de las generaciones suramericanas que vayan tras de conseguir



la cultura consignada en sus decálogos, a cuya virtud su memoria hace la vela del alma de América.

Conviene estudiarle, de consiguiente, al través de las manifestaciones más importantes de su obra, buscando penetrar, en lo posible, su temperamento espiritual copiosa fuente de primorosas ideas, como base de exámenes ulteriores.

El aspecto sociológico, en cuanto expresivo y revelador del modo general de su pensamiento sobre las cosas sociales, merece atención especial y hondo examen que nos conduzca a demostrar lo contrario de cuanta conclusión ligera se ha sacado en contra de sus formas, de juicios generales, desconociendo el sistema y orden de sus reflexiones, la lógica y consecuencias de sus principios; so pretexto de encontrar en él «movimientos impulsivos de hiperestesia psíquica.» (1)

Hemos menester acercarnos sin prejuicios al sagrado tabernáculo en donde mora la parte viviente de su entidad espiritual, fulgor y aliento, de lo humanamente excelso de su personalidad. En ese filón de maravillas estriba el aspecto utilizable de su obra, no en «la hiperestesia psíquica» que nos abisma en desaliento y amargura, por cuanto nos lleva directamente a pensar en el desequilibrio material y espiritual como origen de lucidez de las grandes almas.

Y su manera de predecir, haciendo lujo de demostraciones sapientes, arrancadas de la experiencia relativa a la vida real de las sociedades coloniales irradia las fulgencias de su mente poderosa, cuando acometía enormes faenas de pensamiento y examen. Es maestro y de los grandes y perínclitos en lo de hacer juicio y reflexión sobre las materias difíciles. No obstante su «hiperestesia psíquica» y movimientos impulsivos, en todos los detalles de su labor intelectual, denota poseer, como nadie, el sentido de lo real. Si bien camina inquieto y jadeante, pasando de cima en cima, repartiendo ideales en la ruta que va dejando, no abstrae su miramiento jamás de la vida práctica, en donde toca los momentos que piensa sobre el porvenir de América. Pega los oídos de su genio avisor hacia el lado desde donde pueda escuchar pasito y muy quedo, los latidos del corazón del Continente. Ausculta los movimientos subterráneos; se interna en las interiori-

---

(1) La Psicopatología de Bolívar, por Diego Carbonell.



dades de la conciencia de los pueblos, hasta dar con las características sociales: nota en cada país sus cualidades y defectos, sus vacíos y necesidades; y así provee a su mente de ricos tesoros de análisis y observación. Perseguidor infatigable de la verdad no aventura opiniones jamás sin previa explicación: acierta en todo y pega en todo con la varita mágica de su ideal.

El acierto de sus observaciones le va llevando al método positivo, que usa como estilete de su inteligencia, al tiempo que los demás, apenas, sospechaban su eficacia debido a cortos ensayos puestos en efecto por dos o tres grandes pensadores europeos que habían aportado nueva luz al campo de lo social.

No escapa nada a su discurso que abarca todos los fenómenos sociales, sus causas y sus leyes. A este respecto se me dirá, y con justicia, que llego a la exageración proveniente, sin duda, de mis cortos conocimientos y, por ende, de mis juicios un tanto superficiales. Replicaría que me pone a salvo de todo concepto ligero y exagerado, la suma claridad con que expresó su pensamiento el Libertador: quien que leyese sus escritos no comprende su sentido? Baste decir que el fondo de todos sus documentos puede estar al alcance de cualquier entendimiento mediano y medio cultivado. Aparte de la suspicacia y la mala intención, a Bolívar se lo comprende fácilmente, condición hecha de no acercarse a él con prejuicios políticos, ni con mente prevenida contra la pulcritud de sus virtudes ciudadanas. Su esmerada claridad releva de tiempo y trabajo al lector que le sigue absorto por cualquier dirección que abre camino.

Nunca pecó de obscuro, y la misma claridad que puso en cuestiones sencillas, empleó en las más complejas y abstrusas.

En el primer párrafo transcrito pretende hacer conocer esa desconfianza de sí mismo. Sin reparar que en alcances y profundidad puede sobrepujar a la potencia intelectual del luminoso Humboldt, empieza aseverando que sus conocimientos no se levantan al nivel de los universales del gran sabio; y así recela de su respuesta, que a su juicio, no habrá de ser completa, según eran los deseos del personaje a quien iba a destinarse: luego pone de relieve la falta de datos estadísticos, para prometerle conjeturas, más o menos, aproximadas «en



lo relativo a la suerte futura y a los verdaderos proyectos de los americanos».

Necesita datos estadísticos; es decir, antecedentes en que asentar premisas para deducir conclusiones, lo cual muestra que, a quien llamaron visionario, soñador, utopista, etc., preocupaba principalmente los fenómenos reales, los hechos sociales, que orientan la mente de los severos pensadores. Lejos de arriesgar opiniones emitidas de ligero, busca arrancarlas de bases firmes que no concuerdan con la utopía. Quien no piensa, razona y obra por efecto de «actividad inconsciente que estimula a los actos desmedidos y sin cálculo» no se pondría en cobro de juicios aventurados y disertaciones metafísicas distantes de la realidad.

Empieza discuriendo con verdadera maestría sobre las materias que le ocupan en la carta. Criterio vasto, amplitud de juicio le distinguen sobre manera. No se le vé unilateral un instante, porque atribuye su respectivo valor a cada orden de causas: su discurso desenvuelve mediante una continua demostración de las relaciones de causa a efecto. Veámosle.

«Con cuánta emoción de gratitud leo el pasaje de la carta de U. en que me dice: «que espera que los sucesos que siguieron a las armas españolas, acompañen ahora a la de sus contrarios, los muy oprimidos americanos meridionales».— Yo tomo esta esperanza por una predicción. Si la justicia decide las contiendas de los hombres, el suceso coronará nuestros esfuerzos, porque el destino de la América se ha fijado irrevocablemente; el lazo que le unía a España está cortado. La opinión era toda su fuerza, por ella se estrechaban mutuamente las partes de aquella inmensa monarquía. Lo que antes las enlazaba, ya las divide. Más grande es el odio que nos ha inspirado la Península que el mar que nos separa de ella. Menos difícil es unir los dos continentes, que reconciliar los espíritus de ambos países. El hábito de la obediencia, un comercio de interés, de luces, de religión; una recíproca benevolencia, una tierna solicitud por la cuna y la gloria de nuestros padres, en fin todo lo que formaba nuestra esperanza nos venía de España. De aquí nacía un principio de adhesión que parecía eterno, a pesar de que la mala conducta de nuestros dominadores rebajaba esta simpatía, o por mejor decir, este apego formado por el imperio de la dominación».

«Al presente sucede todo lo contrario: la muerte, el deshonra, cuanto es nocivo nos amenaza y tememos; todo lo



sufrimos de esa desnaturalizada madrastra. El velo se ha rasgado; ya hemos visto la luz, y se nos quiere volver a las tinieblas: se han roto las cadenas; ya hemos sido libres, y nuestros enemigos pretenden de nuevo esclavizarnos. Por lo tanto, la América combate con despecho; y rara vez la desesperación no ha arrastrado tras sí la victoria».

«Porque los sucesos hayan sido parciales y alternados no debemos desconfiar de la fortuna. En unas partes triunfan los independientes, mientras que los tiranos, en lugares diferentes, obtienen sus ventajas. ¿Y cuál es el resultado final? ¿No está el Nuevo Mundo entero conmovido y armado para su defensa? Echemos una ojeada y observaremos una lucha simultánea en toda la extensión de este hemisferio.....»

«No obstante que es una especie de adivinación indicar cuál será el resultado de la línea política que la América siga, me atrevo a aventurar algunas conjeturas que, desde luego, caracterizo de arbitrarias, dictadas por un deseo racional, y no por un raciocinio probable.»

«La posición de los moradores del hemisferio americano ha sido, por siglos, puramente pasiva: su existencia política era nula. Nosotros estábamos en un grado todavía más abajo de la servidumbre, y por lo mismo, con más dificultad para elevarnos al goce de la libertad.—Permítame U. estas consideraciones para establecer la cuestión. Los Estados son esclavos por la naturaleza de su constitución o por el abuso de ella; luego, un pueblo es esclavo cuando el gobierno, por su esencia, o por sus vicios, huella y usurpa los derechos del ciudadano o del súbdito. Aplicando estos principios hallaríamos que la América no solamente estaba privada de su libertad, mas también de la tiranía activa y dominante—Me explicaré—En las administraciones absolutas no se reconocen límites en el ejercicio de las facultades gubernativas: la voluntad del gran Sultán, del Kan, del Dey y demás soberanos despóticos, es la ley suprema, y esta es casi arbitrariamente ejecutada por los bajáes, kanes y sátrapas subalternos de la Turquía o de la Persia que tienen organizada una opresión de que participan los súbditos en razón de la autoridad que se les confía. A ellos está encargada la administración civil, militar, política, de rentas y la religión. Pero, al fin, son persas los jefes de Ispahan; son turcos los visires del Gran Señor; son tártaros los sultanes de la Tartaria. La



China no envía a buscar mandatarios militares y letrados al país de Gegis-Kan, que la conquistó, a pesar de que los actuales chinos sean descendientes directos de los subyugados por los ascendientes de los presentes tártaros.

«¡Cuán diferente era entre nosotros! Se nos vejaba con una conducta que, además de privarnos de los derechos que nos correspondían, nos dejaba en una especie de infancia permanente, con respecto a las transacciones públicas. Si hubiésemos siquiera manejado nuestros asuntos domésticos en nuestra administración interior, conoceríamos el curso de los negocios públicos y su mecanismo, y gozaríamos de la consideración personal que impone a los ojos del pueblo cierto respeto maquinal, que es tan necesario conservar en las revoluciones. He aquí por qué he dicho que estábamos privados hasta de la tiranía activa, pues que no nos estaba permitido ejercer sus funciones.»

«Los americanos en el sistema español que está en vigor, y quizá con mayor fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo, y cuando más el de simples consumidores; y aun esta parte coartada por restricciones chocantes. Tales son las prohibiciones del cultivo de frutas de Europa: el estanco de las producciones que el rey monopoliza, el impedimento de las fábricas que la misma Península no posee; los privilegios exclusivos del comercio, hasta de los objetos de primera necesidad; las trabas entre provincias y provincias americanas, para que no se traten, ni entiendan, ni negocien; en fin, ¿quiere U. saber cuál era nuestro destino?—Los campos para cultivar el añil, la grana, el café, la caña, el cacao, el algodón: las llanuras solitarias para criar ganados: los desiertos para cazar las bestias feroces; las entrañas de la tierra para escavar el el oro, que no puede saciar esa nación avara.....»

«Tan negativo era nuestro estado, que no encuentro semejante en ninguna otra asociación civilizada, por más que recorro la serie de las edades y la política de toda las naciones — Pretender que un país tan felizmente constituido, extenso, rico y, populoso, sea meramente pasivo, ¿no es un ultraje y una violación de los derechos de la humanidad?»

«Estábamos, como acabo de exponer, abstraídos y, digámoslo así, ausentes del universo en cuanto es relativo a la ciencia del gobierno y administración del Estado. Jamás éramos virreyes ni gobernadores, sino por causas muy extra-



ordinarias: arzobispos y obispos, pocas veces: diplomáticos, nunca: militares, sólo en calidad subalternos, nobles, sin privilegios reales; no éramos, en fin, ni magistrados ni financistas, y casi ni aun comerciantes: todo en contravención directa de nuestras instituciones»

«Los americanos han subido de repente, y sin los conocimientos previos, y lo que es más sensible. sin la práctica de los negocios públicos, a representar en la escena del mundo las eminentes dignidades de legisladores, magistrados, administrados del erario, diplomáticos, generales y cuantas autoridades supremas y subalternas forman la gerarquía de un Estado organizado con regularidad.»

Estos acápites los he transcrito de propósito, habida cuenta de la injusticia con que han mirado sus aseveraciones algunos escritores extranjeros, tildándolas de exageradas y aún de no convenir con la verdad histórica. Marius André, no obstante su severidad de pensamiento, tocando en esta parte, achaca al Libertador de haber desfigurado los hechos sociales de la colonia española, y alterado, en parte, la verdad histórica relativa a la administración de la Metrópoli. No le asistieron razones al gran pensador francés, cuando emitía opiniones abstraídas de equidad. Partiendo de un punto de vista independiente, y ajustándose a la verdad de los acontecimientos descritos en la Historia americana con imparcialidad de juicio muy recomendable, no se puede menos que compartir con lo asentado por Bolívar. Suponemos no haberse menoscabado la dignidad nacional de nuestra madre patria, con la simple exposición de su conducta administrativa en un pasado, cuya distancia ha muerto malas impresiones y diferencias entre ella y los Estados de América. Haciendo cuenta de la mudabilidad de conducta de los gobiernos que alternan en el manejo de los destinos públicos de una nación, y cuya acción gubernativa raras veces es consonante con el sentir y aspiraciones de la misma: que los hombres son meros accidentes en la vida de los pueblos, a cuya virtud, la conducta de aquellos no altera la reputación de éstos, en la parte buena o mala que procede de sus condiciones etnológicas, especiales, históricas, etc.: nada de lo que afirma la crítica histórica contemporánea, en lo referente al modo de conducta de los funcionarios públicos españoles sobre las colonias suramericanas, puede afectarle a España, en cuanto nación ilustre aureolada de egregias tradiciones, que



nos dió parte de su sangre y con esta concluyó por legarnos espíritu y tradición, sin contar con su lengua en que vertió los tesoros de su vida casi milenaria de cultura. Queda, pues, en pie la verdad de los sucesos históricos, y por ende, convengamos que el interregno sombrío del coloniaje, distante ya de nosotros, sucedió como efecto de la codicia de sus hombres y de una influencia fatal de los imperativos de la época. Empero, a fuer de verdaderos, digamos las cosas como fueron, sabiendo que España es nuestra madre y no tendrá como escarnio suyo, el de algunos malos hijos que, al acaso, vinieron para dirigir los negocios colectivos de sus dominios. Entendemos que el Libertador dijo la pura verdad, de cuyo sendero no pudo apartar su mirada, siendo como era apegado a ella, por temperamento. Nadie ha desdicho, con documentos auténticos a la mano, su exposición histórica concerniente a la administración política de España en este lado del mundo. ¿No consta de afirmaciones conformes y serias cuánto padeció la colonia? Aherrojados en lo económico los pueblos, en razón de ese abominable monopolio ejercido por contadas casas de contra, y según el cual nuestros productos sólo iban con destino a la Península, que a su vez, solo ella nos mandaba de lo poco que tenía, el comercio nunca pudo florecer. Los sistemas de tributación, de ordinario, plegaban hacia el infeliz y las clases inferiores: el clero y la nobleza española, en pocos ramos tenía que ver con impuestos y tributos llevados a efectividad fuera de toda base económica equitativa. Siguiendo al pie de la letra los relatos históricos en este respecto, no hay sino convenir, en un todo, con la exposición del Libertador hecha con admirable precisión. Cosas a los alcances de cualquier observador no se le podían ocultar; con mayor razón si ese exorbitante número de cargas reales no consultaban los principios más elementales de justicia contributiva: diezmos, medias, anatas, mesadas, contribuciones graciosas, aljonfarinazgo, etc., eran bastante para determinar menoscabo en la riqueza individual de las clases inferiores, sobre las cuales gravitaban casi exclusivamente, sin contar la contribución indirecta y el valor de los servicios públicos que pagaban muy caro las colonias. No es dable imputar falta de conocimientos históricos a Marius André, si bien es indispensable rectificar su criterio, según el que no cree sino con reservas lo dicho por Bolívar acerca de la situación general de las colonias.



Rectificación puesta en claro, desde luego, por el testimonio de la Historia de América, que ha depuesto con abstracción de todo prejuicio, a la faz del orbe civilizado, los hechos del pasado referente al Nuevo Mundo.

Nadie ha desvanecido lo descrito sobre puntos fundamentales de la historia política de los dominios de España, por austeros historiadores suramericanos. González Suárez, el pulcro, severo, imparcial y sabio González Suárez, hablando del estado social en las colonias suramericanas, dice: «el bien de las colonias estaba necesariamente sometido al provecho de España.»

Mitre, Restrepo, Villanueva, etc., están en un sentir cuando describen la situación general de los países indo-españoles, en el período de su sometimiento a la Metrópoli. Y éstos no han desautorizado las palabras de Bolívar: ni cómo habían de pronunciarse en contra, sabiendo que había sustentado muchas verdades en su carta? Con sólo recordar la división de clases, con arreglo a la cual figuraban los criollos, mestizos, indios y negros en nivel inferior al de los españoles, se puede colegir la manera absurda y los principios injustos de la organización colonial. Estos tenían asegurada la fastuosidad de su existencia, la holgura de su vida con sólo hacer conocer su origen y lugar de procedencia, por representar estas circunstancias los títulos de honor y superioridad sobre los americanos en general. Excepción hecha de contadas autoridades reales, de ordinario, las enviadas a regir los destinos de nuestras sociedades, no aportaban al cumplimiento de sus cargos públicos ningún género de virtudes políticas. A despecho del regio sentimiento de los monarcas y de las sanas intenciones del Consejo de Indias, las autoridades secundarias, presumiéndose sin control inmediato por parte de la Corona, apartaban su conducta de la ley y constituían en un verdadero abasto el mundo de su jurisdicción en provecho propio: de este modo se había trastornado el fin moral de la autoridad política y civil, con mengua de los derechos racionales de sus gobernados.

El escritor francés parece poner sobre duda las afirmaciones del Libertador en orden a la prohibición de cultivar frutas de Europa en tierras americanas. No prohibió en efecto el Consejo de Indias ese cultivo de manera absoluta: pero ¿cuál era la forma permisiva? Obligando a las diversas secciones cultivos de frutas determinadas, de suerte que



ninguna pudiese sembrar cosas cuyo cultivo se había ordenado en otras, so pena de incurrir en penas severísimas. Medidas tercas y atentatorias del desenvolvimiento económico general, que implicaba verdadera prohibición: de consiguiente, no tenía motivo Marius André para pretender poner una tilde de falsedad en las palabras de Bolívar. Permitir una cosa en un lugar y prohibir la misma en otro, siendo ambos comprensivos de una misma jurisdicción, ¿no envuelve un permiso limitado y condicional, por una parte, y una obcecada prohibición, por otra? Y a esta virtud, ¿no se podía, con sobra de razón, hablar de medidas prohibitivas provenientes de la Metrópoli? Y entendido que Bolívar habló refiriéndose a la América en general, sobre su aspecto económico, no había por qué expusiese en detalle, aquello que denotaba una modalidad característica de la forma de vida sobre que se ocupaba.

Y luego añade el mismo escritor: «No se puede menos de reír, por poco que uno conozca la historia de América, cuando oye afirmar a Bolívar que él no podía ocupar otro puesto que el de siervo o simple consumidor y se le oye enumerar los distintos empleos a que él era destinado, lo mismo que los otros criollos en los campos, en las llanuras solitarias, en los desiertos, en las entrañas de la tierra. Bolívar es un terrateniente que sabe tener a su servicio algunos cientos de esclavos». No se puede menos de reír? No se habría reído si reparara en que Bolívar expuso las cosas de América partiendo de un punto de vista general, con prescindencia de su persona y de los casos particulares, que no afectaban los principios de organización social. ¿Acaso la situación de Bolívar y de otros contados personajes americanos guardaba identidad con la de todos los colonos? Habló de la totalidad de la vida colonial y no de circunstancias aisladas, que no denotarían en ningún modo sus modalidades características.

Y se expresó de esa suerte, sabiendo tal vez que su posición así como la de otros miembros, hasta cierto punto privilegiados, contrastaba con la de la mayoría que representaba la masa anónima en donde casi ningún derecho era reconocido: esto es, no en lo que constituía la excepción, sino en el modo de ser ordinario, en una palabra, en la regla, en el principio dominante que abarcaba el conjunto y confirmaba a aquélla. Dado el temperamento del Libertador, por el cual se abstraía de suyo e identificaba su persona a la suerte del



medio en que obraba; dado su desprendimiento de todo cuando conspiraba a la realización del fin que se propuso desde cuando hizo su aparecimiento en la vida pública renunciando su fortuna, tranquilidad y bienestar personal; dado, en fin, su consagramiento absoluto a la libertad, en cuyas aras pasó inmolando su existencia en la dura espera de vencer o morir en el rescate de siete y más millones de esclavos, no era procedente suponer midiera según el grado de su ventura personal, privilegios sociales y de sangre, la situación entera del Nuevo Mundo, que durante trescientos años vino debatiéndose en la servidumbre.

Había asumido una responsabilidad inconmensurable: su puesto político era sin segundo, lo cual le obliga a mirar el pasado y futuro de cien pueblos en el depurado crisol de la verdad alumbrando con la luz vivísima de su genio. No era para reír, en efecto, sino para meditar sobre la largueza de miras y de virtudes, sobre el lujo de verdades escritas en esa hermosa carta, espejo y modelo de otras que acaso no se escribirán al fulgor de los rayos de un genio como el de Bolívar.

Claro está que mis alcances intelectuales no avanzarían a los del egriego escritor, francés; mas, para precisar el grado de verdad de su punto de crítica relativa al motivo que me ocupa, no son deficientes, sabiendo que la historia americana viene en mi apoyo y la cuestión tratada por el Libertador es invulnerable. Por ende no recelo continuar al rededor del mismo aspecto en el convencimiento de no apartarme en un punto de la verdad.

Dije que Bolívar no vulneró la verdad tratando formas de la organización política, eclesiástica y militar. Un historiador (1) de reconocida probidad sale en su apoyo, a cuya virtud nadie osará reír ante sus palabras, sin antes haber recorrido detalle por detalle nuestra historia americana; dice así.» Acaso lo que más exasperaba a los Granadinos, a los Venezolanos, y a todos los americanos del sur, era la exclusión de los empleos civiles, militares y eclesiásticos. Esto no se originaba de una Ley sino de la práctica del gabinete de Madrid. Los altos puestos civiles y las dignidades eclesiásticas

---

(1) Historia de la Revolución de Colombia, por José Manuel Restrepo.



se proveían en españoles europeos, así como también los virreynatos, capitanías generales, plazas de oidores, gobiernos, intendencias, obispados y arzobispados. Muy rara vez se veía en estos empleos a un americano, y jamás el de virrey a lo menos en la Nueva Granada. En los destinos subalternos de hacienda y algunos militares y en los beneficios eclesiásticos eran colocados los americanos; pero siempre tenían la preferencia los criollos y eran pocos los empleos que éstos podían conseguir ya por un mérito distinguido, ya por sacrificios cuantiosos de dinero para comprar la corte venal de España. En los últimos tiempos sobre todo, venían de la Península hasta los subalternos inferiores de las oficinas. Por todas partes se veía empleados a los españoles europeos en los destinos de provecho y de honor. Los criollos, que se consideraban con igual y muchas veces con mayor mérito, sufrían en silencio esta exclusiva que al mismo tiempo vulneraban sus intereses y ofendía su amor propio, etc.,...» Hasta aquí la cita. Este testimonio es auténtico y su veracidad incontrastable. En significado consueña en un todo con lo expuesto por el Libertador, quien propuso una gran verdad, cuando dijo: «estábamos abstraídos, y digámoslo así, ausentes del universo, en cuanto es relativo a la ciencia del gobierno y administración del Estado». Si los americanos no ejercían ningún cargo público de alguna significación, en lo político, civil, eclesiástico, militar, etc., tuvo razón de manifestar: Jamás éramos virreyes ni gobernadores, sino por causas muy extraordinarias: arzobispos y obispos, pocas veces; diplomáticos, nunca; militares, sólo en calidad de subalternos: mediante estas palabras no hace sino reflejar la verdad de una situación anómala por lo injusta y absorbente, que contravenía los principios fundamentales de la dignidad racional. Da en qué pensar Marius Andrée diciéndonos que ante la protesta de Bolívar no pudo menos de reír presumiéndola falsa y contraria a la verdad de los hechos históricos. Si hubiese quebrantado éste la verdad no se hubiera manifestado enteramente lógico en sus exposiciones; se conformara con hacer relación de los detalles concordantes con la finalidad de que se proponía, abstrayéndose de considerar sobre los principios dominantes que caracterizaban la organización social y política de la colonia. Deja aparte el accidente y se fija en la cuestión fundamental.



Con este motivo no hace cuenta de los varios empleos secundarios a que accedían los americanos, supuesta la ninguna importancia de esos puestos, ya por la inferioridad misma de categoría dentro del orden político con que solían mirarse por las autoridades superiores. Destinos miserables y pobres de influjo político y social no podía compararlos el Libertador con los de alto valor que, en definitiva, reconcentraban el mando y el poder reales.

Los servicios municipales podían cumplir los americanos: pero qué punto de comparación la autoridad edilicia con la de los virreyes, capitanes generales, presidentes, gobernadores, etc. La primera sin prerrogativas y con una jurisdicción limitada a la vida local, para vigilar la higiene pública, proveer de carne al pueblo; abastecer los mercados: atender al modo de urbanizar las poblaciones y cuidar por el adelanto de la ornamentación de las ciudades, no podía rebasar nunca los límites de su acción, en tanto que la otra, bajo el concepto político de representar la voluntad del monarca por delegación directa de éste o de sus funcionarios inmediatos, abarcaba poderes inmensos bajo cuyo influjo se movían las demás instituciones. En consecuencia ¿qué reportaban los americanos de semejante organización política? Sin poder ejercer por sí mismos la facultad del autogobierno por no tener acceso a los destinos importantes; sin compartir con las autoridades inmediatas de la Corona el ejercicio de la política y administración, estaban, como expresa el Libertador, abstraídos y ausentes del universo, en cuanto era relativo a la ciencia del gobierno y administración del Estado; estaban aherrojados en lo que respectaba al ejercicio de la actividad más importante de su vida racional, con lo cual los españoles les creían sus inferiores. Sus palabras denotan en esos instantes una defensa eficiente de los fueros de la personalidad humana; por eso irradian el fulgor de la protesta viril y valerosa, digna del apóstol republicano que en ningún momento convino con los ultrajes a la razón: de consiguiente nada tienen de reír y de motejar, sabiendo, señaladamente, que habló con absoluta prescindencia de su yo y desligándose de consideraciones personales, que denotarían una parcialidad y un afán de velar la verdad, por efecto de una ambición desmedida de mando y de poder. El punto de vista de sus reclamaciones es muy alto: juzga las cosas como representante genuino de cien pueblos, cuyo perfeccionamiento busca hacer



efectivo, poniendo por obra la gran transformación libertaria que tiene en mientes; no sus derechos sino los de las colectividades defiende; no los de la nobleza ni de las clases privilegiadas, sino los de todo el elemento humano disperso en el haz del Nuevo Mundo le obligan a tomar la palabra, toda vez que se considera vengador de trescientos años de avasallamiento.

Es de notar que su pensamiento discurre bajo este aspecto: no lo perdamos de vista, por lo mismo, al hacer examen de sus aseveraciones y tendencias. Quien critique la labor de espíritus superiores deberá acercarse a ella con serenidad y mucho tiento, cuidándose de no aplicar un criterio unilateral que, de ordinario, conduce a la intransigencia; y entonces será la verdad y no la calidad intelectual, exigencias y gustos personales del crítico la medida de sus exámenes. ¿No consta, las más veces, que lo bueno, objetivamente considerado, no es afín con nuestros sentimientos? Luego ¿cuál la razón de atribuir bondad, eficiencia a sólo aquello que guarda afinidad y consonancia con nuestro sabor y temperamento personal? Seamos modestos primero y luego justos, conviniendo en que, por infinitas razones, la obra del genio supera a la de las medianías, en calidad y fuerza. ¿Cuántas razones, cuántos motivos, cuántos pensamientos ocultos a nuestras miradas cortas, estarían visibles a las de esos altos espíritus que acaso obraron a fuerza de impulsiones racionales inaccesibles a nosotros? No pongamos tacha a cuanto proviene de la razón y es bueno socialmente mirado, cuidado vayamos a disentir del fallo común, en el cual al decir de Wunt, hay una parte de juicio exacto respecto a lo bueno o lo malo de las acciones humanas.

Sobre lo que deberíamos pronunciarnos, por competir a la jurisdicción de todo ser racional, de manera implacable, haciendo juicio de severa condenación, es en todo cuanto se relaciona con las desgracias producidas a la humanidad por ciertas entidades funestas que, en vida, escalaron hasta muy alto en el firmamento de la fortuna, a fuerza de conquistar imperios, avasallando monarcas y naciones: sembrando la muerte y el terror, cual si un monstruo vomitado de las tinieblas, concertado con el genio del mal, viniese a celebrar festín de carne humana en todo el haz del globo; contra estos hombres fieras que irradian ráfagas retintas, y apagan la paz de las naciones al tiempo de hundirlas en pestilentas



charcas de sangre, si es procedente, imperiosa y de provecho todo género de crítica condenatoria y motejante.

Pero para las obras ricas de bien social y positivamente socializadoras, que levantaron a grande altura a la sociedad ¿a qué viene el motejo? Si consta de la Historia y de la opinión universal su aporte de cultura y progreso, a qué conduce el reproche? La obra del Libertador, pertenece a estas últimas, ante cuya dureza y brillantez se han quebrado y se quebrarán cinceles y estiletes agudizados en la parcialidad y la injusticia, y riase el señor Marius Andrée cuanto pueda, si bien con el pesar de ver prevalecer sobre la suya la opinión del mundo, que proclama al Libertador como el primer emisorio de la cultura americana.

No ha sido escasa esa especie de crítica negra que ha pretendido apagar la luz del genio bolívariano; agenciosa y dilatada en la búsqueda de manchas y ligeras sombras ha ido hasta el secreto del hogar inviolable, tras de conseguir páginas disonantes, para delatarlas como nuevas ante la Historia; pero sin hallarlas, ha emprendido examen siniestro sobre los múltiples aspectos de su personalidad, en donde a fuerza de reflexiones incoherentes, quiere sorprender rasgos innobles y notables deficiencias; mas como sufriera fiasco y repelimiento de la opinión sensata, rompe por nuevos senderos jadeante y sin rumbo, asida del odio y la malicia, como vitualla de sus jornadas desgraciadas. ¿Cuándo cesará? Cuando el espíritu de Bolívar haya entrado al corazón de todos los americanos como en hogar propio, después de haber abandonado su inmensa soledad desde donde atalaya la hora de su aproximación, que acaso no está lejana sino muy cerca, a virtud del mayor conocimiento de los pueblos respecto de la falsa y mentirosa situación de sus gobernantes e instituciones democráticas.

Dentro de pronto tocarán a cita todos los Estados, para acordar sobre la recepción triunfal del vivificante espíritu en el seno de las Repúblicas, de la ley y sus instituciones.

Mientras eso no harán mella los Sañudos en una obra que ha permanecido una centuria arrebolando las cimas de la Historia: sus disparos serán más pequeños cuanto más avance el tiempo en su carrera; más inofensivos cuanto más rinda pleitesía el mundo a la memoria del Libertador.

Y a propósito hagamos una pequeña observación relativa a ciertas premeditadas palabras del gran Mitre, quien no



encuentra cualidades de un genio concreto en la persona de Bolívar que no reunió, según el insigne general, sino aptitudes de un espíritu inquieto, soñador capaz de sólo llevar a efecto aventuras caballerescas. En este respecto la crítica ha avanzado en proporción al tiempo recorrido por nuestras repúblicas en su vivir democrático e independiente, en espacio de más de una centuria. Se ha depurado en el crisol de sana filosofía, con el apoyo de la Crítica Histórica, a cuya jurisdicción no acceden sino pensadores severos asistidos de una visión dilatada. Con este motivo las fases de su obra están perfectamente delimitadas y puestas en claro. Y de ella han dicho: que en parte quedó comenzada y de lo que queda por hacerse el espíritu de la raza se encargará de ejecutarla.

Lo cual indica lo contrario del pensamiento de Mitre; pues los utópicos y soñadores no legan obras concretas realizadas y por realizarse. De otra parte, siendo soñador exclusivamente ¿habría denotado ese don sin igual de aplicarse al estudio de la realidad social, descubriendo entre sus pliegues complicados y complejos, leyes y principios destinados a regir la conducta de los grupos, de las clases y hasta de las sociedades políticamente organizadas? Los soñadores se abstraen de la vida real y recaman de ensueño la suya y la de sus semejantes, saboreando los deleites de la fantasía, en continua andanada romántica. Mas él, como ningún pensador de esa época, se aproxima a la realidad con íntima confianza; toca los fenómenos sociales, los examina en sus aspectos dominantes de donde induce sabias generalizaciones, aplicables al medio donde ejercita sus actividades.

Su obra palpable y vivida no consueña con la utopía sino en cuanto es fulgurante y maravillosa: de puro enorme nos mueve hacia lo inefable y a creerla producida por un semidiós; pero en la parte de realidad no refleja sino las cualidades del prodigioso equilibrio de su agente productor. Era preciso fuese su genio concreto y eminentemente práctico, luminoso y alto, para que el mismo San Martín dijese: «En realidad Bolívar es el más grande de América». Y por fin, un obrador a tuestas, soñador y utópico ¿podría consumir faena igual a la de independencia, que requería la concurrencia de innumerables virtudes: valor, cordura, reflexión, sabiduría, firmeza, abnegación, constancia y todo género de he-



roicidades que acabalan y magnifican sólo a esos seres venturosos que asoman después de milenarios?

Luego veremos el valor real y aplicable de su labor intelectual, cuando hayamos llegado al examen de las instituciones democráticas de las sociedades americanas. Ahora continuemos con la carta de Kingston.

Como está dicho, nunca aventura llegar a conclusiones casuísticas ni arbitrarias. Primero estudia con profundidad y sin par bizzaría de pensamiento los hechos de la sociedad, para la cual busca normas de organización política; de esta manera hace descansar sus instituciones políticas sobre bases enteramente sociológicas.

Con que veámoles, sereno y reflexivo, discurriendo sobre las diversas manifestaciones de la sociedad. En otro párrafo de la misma dice de esta manera: «Todavía es más difícil presentir la suerte futura del Nuevo Mundo: establecer principios sobre su política, y casi profetizar la naturaleza del gobierno que llegará a adoptar.—Toda idea relativa al porvenir de este país me parece aventurada. ¿Se podía prever cuando el género humano se hallaba en su infancia, rodeado de tanta incertidumbre, ignorancia y error, cuál sería el régimen que abrazaría para su conservación? ¿Quién se habría atrevido a decir, tal nación se hará república o monarquía, esta será pequeña, aquella grande? En mi concepto esta es la imagen de nuestra situación. Nosotros somos un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte, cercado por dilatados mares: nuevos en casi todas las artes y ciencias: aunque, en cierto modo, viejos en los usos de la sociedad civil. Yo considero el estado actual de América como cuando desplomado el imperio romano, cada desmembración formó un sistema político, conforme a sus intereses y situación, o corporaciones: con esta notable diferencia que, aquellos miembros dispersos volvían a restablecer sus antiguas naciones, con las alteraciones que exigían las cosas o los sucesos: mas nosotros, que, apenas conservamos vestigios de lo que en otro tiempo fué, y que, por otra parte, no somos indios ni europeos, sino una especie media entre los legítimos propietarios del país y los usurpadores españoles: en suma, siendo nosotros americanos por nacimiento, y nuestros derechos los de Europa, tenemos que disputar estos a los del país, y que mantenernos en él contra la posesión de



los invasores: así nos hallamos en el caso más complicado y extraordinario».

---

Pese a su recelo de vaticinar, lo veremos a poco vaticinando: determinando la suerte futura de varios pueblos americanos, valiéndose del estudio de las condiciones del momento histórico que vivía y de las cualidades inherentes a las sociedades en las cuales se ocupaba. Toca de paso en la cuestión racial, que en otras ocasiones toma como fundamento para la determinación de las instituciones públicas, si bien deja entrever sumo interés por el carácter nacional, cual si pretendiera ajustar a sus modalidades y matices, las formas de organización de los Estados futuros. Este párrafo denota su decisión por el estudio práctico de las cuestiones sociales: demuestra a lo vivo su hábito constante de asociar la realidad y los principios, lo ideal y lo real.

También demuestra su temor de aventurarse en conjeturas sin fundamento: arranca sus consecuencias de estudios sobre lo concreto y visible de lo social: teme arriesgar opiniones propias que no procedan de hechos y antecedentes conocidos: es el prototipo de pensadores escrupulosos y austeros; no es, de consiguiente, el soñador y el habilitado para solo aventuras caballerescas.

En otro párrafo añade: «Voi a arriesgar el resultado de mis cavilaciones sobre la suerte futura de la América.»

«Por la naturaleza de las localidades, riquezas, población y carácter de los mejicanos, imagino que intentarán al principio establecer una república representativa, en la cual tenga grandes atribuciones el Poder Ejecutivo, concentrándole en un individuo que, si desempeña sus funciones con acierto y justicia, casi naturalmente, vendrá a conservar una autoridad vitalicia. Si su incapacidad o violenta administración exita a una conmoción popular que triunfe, este mismo Poder Ejecutivo quizás se difunda en una asamblea. Si el partido preponderante es militar o aristocrático, exigirá probablemente una monarquía, que, al principio, será limitada y constitucional y después, inevitablemente, declinará en absoluta; pues debemos convenir en que nada hay más difícil en el orden político que la conservación de una monarquía mixta; y tam-



bién es preciso convenir en que sólo un pueblo tan patriota como el inglés, es capaz de contener la autoridad de un rey y de sostener el espíritu de libertad bajo un cetro y una corona.»

«Los Estados del Istmo de Panamá hasta Guatemala formarán una asociación. Esta magnífica posición entre los dos grandes mares, podrá ser, con el tiempo, el emporio del Universo. Sus canales acortarán la distancia del mundo: estrecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia, y traerán a tan feliz región los tributos de las cuatro partes del globo. ¡Acaso sólo allí podrá fijarse algún día la capital de la tierra, como pretendió Constantino que fuese Bizancio la del antiguo hemisferio!»

«La Nueva Granada se unirá con Venezuela, sin llegar a convenirse en formar una república central, cuya capital será Maracaibo o una nueva ciudad que, con el nombre de Las Casas (en honor de este héroe de la filantropía) se funde entre los confines de ambos países en el soberbio puerto de Bahía Honda.—Esta posición, aunque desconocida, es muy ventajosa por todos aspectos.—Su acceso es fácil, y su situación tan fuerte que puede hacerse inexpugnable. Posee un clima puro y saludable, territorio tan propio para la agricultura como la cría de ganado, y una grande abundancia de maderas de construcción.—Los salvajes que la habitan serían civilizados y nuestras posiciones se aumentarían con la adquisición de la Guagira. Esta nación se llamará Colombia, como tributo de justicia y gratitud al creador de nuestro hemisferio. Su gobierno podrá imitar al inglés, con la diferencia de que en lugar de un rey habrá un Poder Ejecutivo electivo, cuando más vitalicio y jamás hereditario (si se quiere república; una Cámara o Senado Legislativo hereditario, que en las tempestades políticas se interponga entre las olas populares y los rayos del gobierno, y un cuerpo legislativo de libre elección, sin otras restricciones que las de la Cámara baja de Inglaterra. Esta constitución participará de todas las formas, yo deseo que no participe de todos los vicios. Como esta es mi patria, tengo derecho para desearle lo que en mi opinión es mejor. Es muy posible que la Nueva Granada no convenga en el reconocimiento de un gobierno central, porque es en extremo adicta a la federación; y entonces formará por sí sola un Estado que, si subsiste, podrá ser muy dichoso, por sus recursos de todos géneros».



«Poco sabemos de las opiniones que prevalecen en Buenos Aires, Chile y el Perú. Juzgando por lo que se trasluce y por las apariencias, en Buenos Aires habrá un gobierno central en que los militares llevarán la primacía, por consecuencia de sus divisiones intestinas y guerras externas. Esta constitución degenerará necesariamente en una oligarquía o una monocracia, con más o menos restricciones y cuya denominación nadie puede adivinar. Sería doloroso que tal cosa sucediese, porque aquellos habitantes son acreedores a la más espléndida gloria.»

«El reino de Chile está llamado por la naturaleza de su situación, por las costumbres inocentes de sus virtuosos moradores, por el ejemplo de sus vecinos, los fieros republicanos de la Arauca, a gozar de las bendiciones que derraman las justas y dulces leyes de una República. Si alguna permanece largo tiempo, me inclino a pensar que será la chilena. Jamás se ha extinguido allí el espíritu de libertad: los vicios de la Europa y de la Asia llegarán tarde o nunca a corromper las costumbres de aquel extremo del Universo. Su territorio es limitado; estará siempre fuera del contacto inficionado del resto de los hombres: no alterará sus leyes, usos y prácticas; perseverará su uniformidad en opiniones políticas y religiosas; en una palabra, Chile, puede ser libre.....»

«De todo lo expuesto podemos deducir estas consecuencias: las provincias americanas se hallan lidiando por emanciparse; al fin obtendrán el suceso; algunas se constituirán de un modo regular en repúblicas federales o centrales; se fundarán monarquías en las grandes secciones casi inevitablemente, y algunas serán tan infelices que devorarán sus elementos, ya en la actual, ya en las futuras revoluciones, porque una gran monarquía no será fácil consolidar: una gran república imposible.»

«Es una idea grandiosa pretender formar del mundo nuevo una sola nación, con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería por consiguiente tener un mismo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse: mas, no es posible; porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes dividen la América. ¡Qué bello que el ístmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! ¡Ojalá que algún día tengamos la fortuna



de instalar allí un augusto Congreso de los representantes de las Repúblicas, reinos e imperios, a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras partes del mundo!—Esta especie de corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra regeneración; otra esperanza es infundada, semejante a la del abate St. Pierre que concibió el laudable delirio de reunir un Congreso europeo para decidir de la suerte y de los intereses de aquellas naciones.»

.....

«Seguramente la unión es la que nos falta para completar la obra de nuestra regeneración. Sin embargo, nuestra división no es extraña, porque tal es el distintivo de las guerras civiles formadas generalmente entre dos partidos: conservadores y reformadores. Los primeros son, por lo común, más numerosos; porque el imperio de las costumbres produce el efecto de la obediencia a las potestades establecidas: los últimos son siempre menos numerosos, pero más vehementes e ilustrados. De este modo la masa física se equilibra con la fuerza moral, y la contienda se prolonga, siendo sus resultados muy inciertos. Por fortuna, entre nosotros, la masa ha seguido la inteligencia.»

«Yo diré a U. lo que puede ponernos en aptitud de expulsar a los españoles, y de fundar un gobierno libre — Es la unión, ciertamente, mas, esta unión no nos vendrá por prodigios divinos, sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos. La América está encontrada entre sí: porque se halla abandonada de todas las naciones: aislada en medio del universo: sin relaciones diplomáticas, ni auxilios militares, y combatida por la España que posee más elementos para la guerra, que cuantos nosotros furtivamente podemos adquirir.»

«Cuando los sucesos no están asegurados; cuando el Estado es débil, y cuando las empresas son remotas, todos los hombres vacilan: las opiniones se dividen: las pasiones se agitan, y los enemigos las animan para triunfar por este fácil medio. Luego que seamos fuertes, bajo los auspicios de una nación liberal que nos preste su protección, se nos verá de acuerdo cultivar las virtudes y los talentos que conducen a la gloria; entonces, seguiremos la marcha magestuosa hacia las grandes prosperidades a que está destinada la América meri-



dional; entonces las ciencias y las artes que nacieron en Oriente y han ilustrado a Europa, volarán a Colombia, libre, que las convidará con su asilo.»

---

Este precioso documento se presenta a la mente con multiplicidad de aspectos y de órdenes diversos de conocimiento; por su riqueza y variedad de asuntos colegimos el poderío y copiosa suma de recursos espirituales de la fuente de donde emanaron: contiene temas para crecido número de disertaciones de acuerdo con esa infinidad de sugerencias e iniciativas de singular linaje. Es la divisa del genio que vertió en ella, con magnificencia y esplendor, todos los primores de su intelecto.

Sin embargo, la variedad de aspectos no quita importancia a ninguno: son importantes todos y envuelven sugerencias muy apreciables. Con que si hay tanta valía en el tenor de ese escrito, tanto primor y tanta belleza, importa mucho conocerle al través del aspecto dominante que le caracteriza: el científico. Escucha el rumor de la sociedad colonial que se dilata en el haz del Continente, Bolívar, poniendo mirada de águila sobre ese inmenso oleaje humano, donde no ha despuntado aún la libertad. Desde muy atrás han puesto cerco a los dominios del espíritu la codicia y el egoísmo, la ambición y el interés: en la colonia no hallaba holgura el pensamiento, luz la razón y serenidad el juicio, porque esas pasiones de efectos negativos reducían a estrechos límites la acción intelectual. Era preciso la presencia de una mente agigantada que volara serenamente sobre ese torbellino agitado de pasiones humanas enardecidas, dominando, desde muy alto, la verdad de las cosas. En una palabra era indispensable que Bolívar viniese como atalaya de los destinos de América, para que las esferas del espíritu tomaran nuevo curso y la realidad social del continente tuviese fiel y viva expresión ante los pueblos del orbe civilizado.

El aspecto científico de la carta de Kingston estriba en la narración exacta de los hechos sociales de la colonia; en la exposición fiel y cumplida de todas las modalidades de vida de las sociedades suramericanas; de sus condiciones étni-



cas, psicológicas, etc. y en la determinación del futuro de cada país.

Y a su vez esa admirable visión científica se desprende del luminoso discernimiento sobre el valor social, poder y acción de los distintos órdenes de causas que, aisladamente o en conjunto, actúan en el movimiento de las sociedades.

También descansa en el sapientísimo examen sobre los elementos de la nacionalidad: esta forma de organización social; esta nueva entidad, hoy por hoy, discutida, a despecho de su existencia real, alcanzó a delimitarse perfectamente, con el estudio de lo social del Libertador, que determinó con acierto científico inimitable su posición e influencia en la vida internacional. La nación, consagrando desmedidamente los intereses afectivos de un país, contribuye a fortalecer la individualidad de los pueblos, que, por el mismo hecho, recelándose más, levantan y aumentan el cerco de sus respectivas circunscripciones territoriales. Mira con desconfianza a la nacionalidad, cuando trata de la unión de toda América, «con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo».

En consecuencia veamos los elementos constitutivos del pensamiento científico del Libertador en la indicada carta, tomando como materia de análisis, su cuestión dominante traducida en el estudio de las sociedades de la colonia.

Ya está dicho que jamás aventura una opinión, sin haberla premeditado con abundancia de juicio y reflexión. En la carta de Kingston luce sobre manera este modo intelectual: cual si de una grande empresa se tratara, comienza acopiando material y bosquejando el plan de una vasta construcción. En efecto la empresa es formidable: propende nada menos que a suscitar opinión favorable a la causa general de América, en las naciones europeas; y esto, en verdad, para entonces era arduo, complejo, difícil, porque para acometerlo eran indispensables fuerzas superiores a las que de ordinario disponían la mayoría de los intelectuales del Continente.

Necesitaba América exhibirse al mundo civilizado con todo el esplendor de su naturaleza virgen; con la sonrisa perpetua de sus horizontes perpetuamente bañados en luz de primavera; el desenvolvimiento social de tres siglos había determinado caracteres etnológicos, más o menos, conocidos, a punto que sus razas, anunciándose en ubérrimas virtualidades, empezaban a prometer un porvenir inconmensurable.



Finalmente, los elementos para una vida social políticamente organizada ya no eran escasos, así como las bases de la cultura, serena y bellamente concebida por el Libertador, en sus postulados de unión y fraternidad y en su afán de levantar el pensamiento a la altura de la dignidad racional, existían en la forma de convivencia de los países, en el alma de la tradición y la historia americanas. Acaso lo advertía el Libertador todo esto, cuando dijo: «Voi a arriesgar el resultado de mis cavilaciones sobre la suerte futura de la América».

¿Sobre qué caviló? El lo dijo: sobre la suerte futura de la América. Mas ¿con qué elementos caviló; que datos ayudaron a sus cavilaciones; cuál era el material en que apoyaba sus reflexiones? Era el estado general de las sociedades americanas; sus condiciones de vida política conocidas en constante observación, en el corto lapso de su vida pública; eran las condiciones climatológicas, atmosféricas, la situación topográfica de cada territorio y las cualidades étnicas de los americanos. Se apoyaba en la Historia de la humanidad, que es numen, maestra, consejera y libro abierto de nuestro genio americano.

Los elementos en que afirma su pensamiento son físicos y sociales. De consiguiente los antecedentes de que saca sus conclusiones son los mismos factores que la Sociología contemporánea tiene en concepto de causas del desarrollo social y de todas las grandes transformaciones. Los puntos de vista científicos de Bolívar son variados, de acuerdo con el criterio múltiple y dilatado. Con que a esta virtud, si quisiéramos clasificar su posición sociológica en la nomenclatura de las escuelas, no podríamos afiliarle en ninguna, en mérito de ser su pensamiento adverso a toda concepción unilateral y extremista. No parece sino que toma a cada factor sociológico en su valor neto y definitivo, sin agregarle mayor o menor preponderancia en el curso de la vida de la sociedad. Nada es definitivo en lo social, sino en tanto las circunstancias y las condiciones que favorecen los fenómenos, cooperan a su influencia y decisión.

De este modo, las causas sociológicas, en el plan científico suyo, alcanzan su verdadero sitio y lugar de acción; su fuerza y energía son mejor conocidas, y es difícil concebir respecto de tal o cual orden de causación, un prejuicio de superioridad y prevalecimiento.



El territorio y sus condiciones físicas: clima, topografía, feracidad de las tierras, etc., pasan por su mente como factores determinantes de las maneras de vida de un pueblo, si bien no los toma en grado decisivo y absoluto, por cuanto comprende en las variadas series de fenómenos sociales efectos emanados de otros factores que, con los primeros, producen características específicas en la vida de las sociedades. Y precisamente lo admirable estriba en su comprensibilidad total de las causas y de los fenómenos. Su visión se dilata siempre por los ámbitos sociales, sin sobrecojerse entre las incidencias y particularidades de las cosas, y colocando en su puesto a cada orden de motivos. Y debido, acaso al sentido eminentemente práctico de sus concepciones no abriga pretensiones imposibles y ni busca llegar a la explicación única del mundo exterior ni de los fenómenos sociales; por esto se aparta muy lejos de la unilateralidad de los sistemas. Pene- trado de esta eminente verdad se cuida de atribuir preponde- rancia absoluta a una ó más órdenes de causas sociales, en el desenvolvimiento de los pueblos.

Tratando del modo de examinar las cuestiones sociales, cualquiera que no piensa y analiza a lo grande como Bolívar, no puede abarcarlas en conjunto: observa unas o descuida ótras; descuida a la más y atiende a una o dos que, en su criterio, son parte principal en el desenvolvimiento. Y es que ese complejo entrelazamientos de manifestaciones sociales es algo así como un laberinto inextricable en donde sufren quebranto y confusión las mentes aún más avisadas: a lo mejor caen en notables alucinamientos respecto a la acción de tal o cual serie de causas y motivos, pensando en su influencia única y decisiva; por este camino llegan a la causa única, olvidando el constante actuar de todos los factores sociales que, en la medida de sus fuerzas y energías, contribuyen a dar impulso a las sociedades.

Hablando de Chile hace uno como vaticinio en lo tocante a su porvenir; en el fondo no es tal sino una verdadera previsión científica, sacada de antecedentes y principios que, actualmente, la Sociología tiene en concepto de normas dominantes y directivas del pensamiento social. Con discernimiento sutil observa el movimiento social; entonces da con las diferencias y semejanzas de los fenómenos; acierta con el grado de afinidad y correlación de las causas entre sí. Por



esto se refiere ya a la acción de una sola causa, ya a la de varias que actúan de consuno o separadas. En pocas palabras expresa enormes conclusiones que muchas veces importan o una ley, o una norma de conducta general para los pueblos. Al señalar el puesto de Chile en el rol de las naciones cultas, hace consideraciones especiales respecto de su territorio, en mérito de su influencia en la manera de vida de aquel país. Estudiando sus condiciones territoriales vislumbra desde entonces sus virtualidades económicas, que llegarían a ser reales si acaso obraran en asocio con el factor físico los demás que surgen de la naturaleza social característica de Chile. La extensa faja de tierra que festonea el Océano, con clima delicioso, producción variada; con puertos magníficos a lo largo de su costa diáfana y pura, tiene facilidades para extender su comercio exterior, como pocos Estados, y para mantener una vida de relación envidiable, mediante rápida comunicación marítima; y luego rica en yacimientos, aunque poco fértil en algunas de sus secciones, nuestra nación hermana, con justicia merece tan esmerado concepto a Bolívar, quien admiró al espíritu chileno por sus ubérrimos dones etnológicos, hasta pensar que la democracia tenía trazas de acimatarse allí con facilidad. Pensó que allí como en ningún otro lugar podría tener vida, habida cuenta de la psicología chilena, de su ética severa, sus costumbres «puras», sus hábitos y maneras equilibrados con el sentimiento práctico; su tenacidad y constancia en el trabajo. Luego como hemos visto, no repara en una, dos, tres o más causas sociales, al discurrir al rededor de los fenómenos de esta índole: examina a todos atribuyendo su verdadero papel. Las manifestaciones de la sociedad pasan por su mente con sus caracteres propios: lo moral, lo psicológico, lo económico, los hábitos, las costumbres, la tradición, etc., todo, en una palabra, le merece examen completo y acertado. Para determinar la suerte futura de Chile, ¿no le vemos reflexionando sobre cada uno de estos aspectos? ¿No le hemos visto midiendo la fuerza y energía de cada cual en su acción sobre el curso de la sociedad?

En frases conceptuosas y sintéticas, con estilo sencillo y elegante, en medio de una claridad meridiana, refiriéndose a Chile, manifestó todo lo que un tratadista dijera de esta nación, con lujo de conocimientos, citas, argumentos, erudición y explicaciones. Dijo de sus habitantes lo que la experiencia



ha ratificado en el curso de cien años: ¿por qué lo dijo? Porque conoció la importancia benéfica de las virtudes públicas, de las costumbres puras, de los hábitos de trabajo, de la firmeza y consecuencia con las propias concepciones: porque comprendió, mejor que nadie, la influencia del territorio en el temperamento de los individuos: el valor de la extensión de una faja uniforme de tierra a lo largo del mar; y por eso no desconoció también la eficacia del ejemplo y de la imitación en el curso de la vida social. ¿Acaso no habló del ejemplo «de sus vecinos, los fieros republicanos del Arauco»?

Desde luego comprendo que no me asistiría mucha razón al encarecer esta parte de la obra bolivariana, si mis razonamientos abstractos y metafísicos fuesen aislados de un comprobante eficaz, que saliese en mi apoyo. Mas preguntemos a la realidad, a lo que hemos visto, a lo que está acaeciendo en Chile. Averiguemos si los hechos han confirmado las palabras de Bolívar. Ante todo convengamos que los últimos acontecimientos políticos de orden interno ocurridos en esa nación, no quitan el cumplimiento y eficacia con que los hechos y la realidad han respondido a las afirmaciones bolivarianas. En ciento y más años, por fuerza de las circunstancias y en razón de la lógica de los hechos sociales, la democracia chilena debió sufrir estremecimientos y sacudidas necesariamente: sus resortes y componentes debían reclamar una como revisión. En lo humano todo se agosta y debilita: la democracia chilena, acaso, vino a sufrir quebranto ante tanta viscosidad política y ante tantos problemas interiores y exteriores suscitados en el curso de la vida nacional de ese pueblo: pero esas interrupciones implican crisis que traen, al fin o la postre, nuevas corrientes de energías al corazón de las instituciones. No afectan a la vida total de éstas: son accidentes que ocurren en el curso general de las cosas.

Con que, esto supuesto, convengamos que la cultura social chilena ha tenido uniforme y feliz desenvolvimiento: allí han concurrido muchos recursos a un mismo fin: han conspirado todos al engrandecimiento nacional. Al rayar el alba de la libertad americana, Chile, mantuvo en su seno elementos poderosos de una cultura peculiar, y el Libertador sospechó su existencia, cuando nadie advertía siquiera algunas de las muchas virtualidades que prometían un soberbio futuro a ese país que, a la sazón, era hasta relegado y tenido en categoría inferior.



No era gracia, se dirá, que Bolívar viese con lucidez la acción de los diversos factores sociales en los pueblos de la colonia, sabiendo que leía a Montesquieu, Rousseau y varios filósofos de la Enciclopedia. Y precisamente, porque había leído a estos escritores se nos presenta más admirable, por cuanto no ajusta su criterio al modo del pensamiento de éstos, ni tiene en grado de absoluto acierto sus elucubraciones: y, como está dicho, desconoce el imperio de las autoridades intelectuales que no rompen con paso firme por el sendero de la verdad, por la cual es un verdadero obsesionado. Bien se acuerda que la verdad no está en las palabras de los hombres sino en la naturaleza de las cosas: y por ende no cede sino ante el rigor de los discursos que le muestran, entre ráfagas, la verdad de lo que busca.

Cuanto a sus afirmaciones respecto del futuro de Chile, ¿quién ha osado contradecirlas? Abstracción de pequeños detalles no cumplidos, todos han tenido fiel cumplimiento. Seguro: los rigurosamente escépticos harán una venia solemnemente negativa: mas será consecuencia de no considerar que, de todas las repúblicas suramericanas, la de Chile, se ha destacado por haber tenido vida serena y robusta: por haber sido menos agitada por revoluciones interiores que, en las demás, han significado verdaderas carnicerías humanas y efecto de los desvaríos políticos de los mercaderes del templo republicano.

Podrá también decirse que no hay gran monta en la labor reflexiva de Bolívar sobre la capacidad de acción y energía de los diversos factores sociales, como el territorio, situación topográfica, clima y los demás de índole espiritual, moral, político, económico, etc., sabiendo que actualmente se habla de ellos como de asuntos ordinarios y muy trillados. En nuestra época se habla mucho de todo, y cuando vienen a manos cuestiones de la sociedad, hasta el menos avisado pretende dominarlas, desatándose en una palabrería incoherente y vacua. Quién no habla de asuntos económicos, morales, religiosos: quién no habla «psicología de las multitudes», de los intereses del pueblo, piensa no estarse en sus cabales o que la cultura contemporánea le ha puesto al margen: y de esta suerte no es raro oír disertaciones largas y desmedidas sobre el valor e influencia de las condiciones territoriales, raciales, étnicas sobre la vida de la sociedad.



Pero entendamos: el Libertador no sólo habla acumulando palabras al acaso: profiere expresiones mojadas en las aguas vivas de la verdad: concierta frases de inmenso valor científico, dado que en ellas demuestra necesariamente la relación de causa a efecto, única y expresiva manera de comprobar la verdad. Volvamos a lo que él llamó «adivinación» sobre el futuro de las naciones de América.

Al ocuparse de Chile demuestra un modo especial de juzgar la acción de las fuerzas espirituales en el movimiento de la sociedad. La unidad étnica no sobrevive a las circunstancias históricas, ni puede mantenerse idéntica al través del tiempo y de las condiciones del territorio. La misma raza encuentra mejor disposición de realizar una cultura determinada en cierto territorio que en otro: y de este modo proclamó cuerdamente la relatividad de las cosas y de los principios. De donde sucede que una raza determinada, sin mengua de sus condiciones generales, jamás puede ser la misma en todos los lugares: sufre cambios y modificaciones sensibles por influjo de las condiciones del medio. Estas variaciones son bastante para suscitar un temperamento peculiar y ajustado a los caracteres del lugar de residencia. Esto explica la naturaleza individual de las naciones procedentes de un mismo tronco racial.

ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Habituados los habitantes de Chile a mirar la inmensidad del Océano, deberán, necesariamente, estar familiarizados con las ideas de libertad, que la acariciarán y tendrán como el ideal más caro. El horizonte límpido y claro así como la solemne inmensidad de los mares despiertan fruiciones inefables y un apego inexcrutable hacia la libertad. Los chilenos, asentados en esa cinta que ciñe al Pacífico, cual si una orla de diamantes ciñera la testa del Grande Océano, tienen un horizonte ilimitado y una inmensidad tranquila el Occidente: de consiguiente, su apego a la libertad será incorruptible: las instituciones democráticas vivirán tranquilas, porque cada chileno será su baluarte.

Y en efecto siempre han rendido culto a la libertad, de cuyo ejercicio ha dimanado el desarrollo sorprendente de su individualidad. Chile, como nación, es eminentemente individual en el concierto de las naciones suramericanas: como Estado tiene instituciones admirables que no desentonan con la realidad social del pueblo: la moral republicana ha echa-



do hondas raíces en el corazón de las multitudes, el espíritu de ciudadanía es celoso y solícito por cuanto concierne a la cosa pública. Vayamos a Chile y observemos sus adelantos materiales y morales: conozcamos sus instituciones políticas: penetremos del carácter general de sus habitantes: entonces daremos a conciencia nuestro asentimiento a las afirmaciones de Bolívar en la carta de Kingston.

Los pueblos afanosos y solícitos por el prestigio de su tradición e historia dan señas de seguir derecho a su individualizamiento material y moral: dan pruebas de ser ricos en sugerencias e iniciativas peculiares y reacios a todo trasplante ineficaz e inoficioso. Se abastecen con los veneros de su propia conciencia: no llegan a la prematura vejez y siempre alientan aspiraciones de una juventud permanente, porque caminan lejos de la prostitución espiritual y de la anemia moral que agosta los organismos sociales.

Los elementos que preparaban a Chile para la vida que lleva a la hora de la hora, entonces, estaban ocultos a las miradas de todos; nadie creía en la opulencia futura de esa nación: pero el Libertador los conocía, por eso siente predilección por ella: conocía su indole social, el carácter político; la cualidad moral, las virtualidades económicas, las circunstancias históricas, su tradición y aún el ejemplo de los araucanos, sus vecinos y colindantes. Conociendo los antecedentes no hizo sino estudiarlos y luego deducir sus consecuencias: que eran verdaderamente científicas, y las cuales él llamó vaticinios. ¿Se han cumplido? Dígalo el lector que hallará respuesta, en estos precisos momentos, en la realidad social de la República hermana.

En cortas frases resume lo que cupiera en tratado largo y metódicamente escrito: en pocas palabras denota una explicación verdaderamente científica, que revela a las claras su avidez reflexiva al rededor de todas las esferas sociales. Preciso, puro, claro, su lenguaje, como la limpidez de sus pensamientos: nada hay demás, y de menos no falta sino el monótono conceptismo de los severos tratadistas, que, de ordinario, esconden el fondo de las cuestiones en cúmulo de frases hilvanadas de propósito. Y es que la claridad es don peculiar del genio, así como son su privilegio, la concisión y la síntesis.



Refiriéndose a una de nuestras naciones suramericanas, decía: «encierra dos elementos enemigos de todo régimen justo y liberal: oro y esclavos. El primero lo corrompe todo y el segundo está corrompido por sí mismo.....»

Si la Historia «estudia la génesis, desarrollo y evolución de las sociedades y culturas humanas», quienes la conocen a fondo y conscientemente, no pueden ignorar la influencia del oro en la conducta del pueblo y de los individuos. Bolívar trató el alma de la humanidad; habló con el alma de la humanidad aproximándose de cerca a la vida de los pueblos de la antigüedad, de la Edad Media, de la Epoca Moderna y contemporánea, mediante la Historia, en donde estudió a la Sociedad en abstracto, viéndola desnuda y limpia de acicalamiento y arreos artificiosos. Al observar la trayectoria que describió la civilización humana en su recorrido por los mares del Asia occidental, el Mediterráneo y finalmente el Atlántico y el Pacífico, pudo medir cuánto acicateó el oro la codicia y ambición de los pueblos; pudo saber la parte ruín de este famoso cohechador en el relajamiento de la humanidad; no pudo ignorar las crueldades y matanzas consumadas en el curso de los siglos por causa de este monarca corruptor y sombrío. Acaso no se le ocultó el desarrollo del mercenarismo militar cuando la ley de la conquista reglaba los negocios de los pueblos: de ese mercenarismo abyecto que servía las ambiciones desenfrenadas de los países traficantes y de tanto emperador ebrio de sangre; habrán pasado por su mente las escenas de Fenicia, Cartago, Persia, que apestaban con sus ríos de oro corrompido el ambiente social de los pueblos circunvecinos. Sin desconocer el valor indiscutible de la función económica del rubio metal en el intercambio y en la valorización de las cosas, habrá convenido en lo tocante a la ninguna compensación de los bienes que produce el oro, como factor económico, con los males que desparra-  
ma en el haz del globo. Una legión de males afiliados a su bandera acometen con la moral pública y privada; andan trocando en rebaño y multitud ignara a las juventudes que, antes de inficionarse, eran promesa y capullos de esperanzas para el mañana; compran y venden conciencias; dan y quitan honores y reputaciones; prostituyen y mancillan, asesinan y acaban con cuanto atañe a la jurisdicción de la virtud y la belleza.



Bolívar, el genio del ideal, debió haber visto esa como ola negra que cobija gran parte de la historia humana, como efecto de la acción del oro en la conducta de los hombres; y aún se me imagina verle tapándose las narices por no percibir los miasmas exhalados por esa corriente de espíritus corrompidos a lo largo de los siglos, en las fraguas de la ambición y en los sótanos de las mansiones regias.

Siempre ha aplebeyado el oro: a su causa han servido siempre gentes mercenarias; en el bando de la nobleza espiritual nunca tuvo adeptos sino adversarios; su estandarte no ha flameado sino en la turba esclava, cuya enseña fue la de masacrar el ideal. Por esto la libertad mantiene intereses contrapuestos a los de la servidumbre.

Por desgracia no se limitó exclusivamente a aquella nación ni habló con referencia única a ella; hizo alusión general a América; luego presintió la amenaza de los dos terribles flagelos a las democracias indo-hispanas; ahora más de veintidós lustros antevió cuánto está aconteciendo en varios de nuestros pueblos latinos americanos: apoyándose en la Historia de la humanidad hizo el vaticinio doloroso; de haberlo examinado despacio se habrían puesto en guardia o en cobro contra el mortal exterminio de esos dos enemigos de que él nos hablara, las sociedades suramericanas; entonces no habrían hollado el hogar de las leyes, gobiernos abortados en los antros del mercenarismo político; no hubiera sido el oro el perpetuo y descargado distribuidor de cargos y canongías sino la justicia ciudadana asesorada en leyes sabias y realizables.

Nótese sobre los aspectos a donde proyecta su examen, en tratándose del oro. No se refiere a su servicio económico: no trata ni le mira al rededor de este punto de vista, sino cuando piensa en la influencia del factor económico general en el desarrollo de las sociedades. Como es sabido la función del oro varía en la vida humana: Bolívar toma distintos momentos de la sociedad, para explicar algunas de esas funciones; y en el presente caso se ha valido de la moral para examinar a aquél como instrumento de la ética social. El escandaloso afán por acumular riquezas a trueque de todo sacrificio y aun hasta de la dignidad es seña ineludible de positiva decadencia moral; y es que las virtudes más altas del espíritu no se avienen con la opulencia y el fausto materiales: ni ha sido cimiento de ninguna cultura intelectual el oro:



cuando más ha influido en el desarrollo de las civilizaciones materiales del orbe. La Historia es testigo irrefragable deponiéndonos acerca del desarrollo y decadencia inmediata de los grandes imperios antiguos, incluyendo al romano que llegaron al exterminio del ideal de cultura espiritual, cuando el oro comenzó a preponderar con despotismo arrollador en el ánimo de las gentes: entonces se imponía como la finalidad máxima: era principio de conducta buscar oro como objetivo de vida: los individuos iban tras él atropellando virtudes, decoro, honor y todas las normas de la humana convivencia. Los pueblos caducos desalojan del hogar espiritual todos los sentimientos que implican belleza y desinterés; y, acaso, hostigados por los sinsabores y viscisitudes de la existencia propenden al descanso muelle y la satisfacción de los deseos y placeres materiales. Ahora estando estos en razón directa de las riquezas, el afán común finca en conseguir oro. De este modo se desequilibran las fuerzas sociales por efecto de ruptura de la acción solidaria de todas en la vida de los Estados.

Lo moral casi no comparte ejercicio con los demás factores; la energía psicológica, o mejor la del espíritu en una palabra, tiene una parte mínima en el desenvolvimiento de las manifestaciones de la sociedad, cuando el afán por el dinero y las riquezas materiales son criterio común y dominante de los individuos para quienes dejan de constituir un medio especial de cultura las riquezas que las truecan en su único objetivo.

Las razas que se han espiritualizado haciendo culto de su religión cotidiana el cultivo de todas las facultades intelectuales nunca vieron a las riquezas materiales como fin de la existencia humana; estimaron prudentemente los efectos beneficiosos de su función económica en la vida de relación, pero no exajeraron sus bienes hasta el extremo de trocarlas en aspiración suprema; no requirieron de ellas sino en cuanto, como bienes que responden a necesidades materiales, eran suficientes a llenar las exigencias de la vida material en términos que se mantuviesen sin mengua. Grecia, la cuna de la opulencia espiritual y la fuente de todas las Filosofías, en habiendo sido el cofre de tanta maravilla moral y estética, mantuvo un patrimonio modesto, un territorio no muy fértil, a cuya razón el trabajo constante y ordenado fue común y ordinario entre los griegos.



Roma, la eminente Roma republicana contó entre sus primeros servidores y magistrados públicos a individuos que labraban la tierra para el sustento diario, con todo de haber servido a la República como grandes y libertadores.

No desconoció Bolívar los derrumbamientos causados en la historia de los pueblos debido a los infiltramientos del oro y la codicia en los círculos sociales de las naciones. Cuando el oro reina sin control del espíritu, la materia dirige las cosas a su discreción; entonces el juicio no discierne ni la razón prevalece; un pueblo en ese estado es un antro oscuro y los individuos unos locos que acosados de la sed amarilla apuran sin taza los placeres que pueden.

El oro manejado por serviles dilata sus males en la sociedad sin cuenta ni medida: el servilismo rico es un rebaño de lobos que hacen presa de día y de noche. ¡Ay de los esclavos ricos! ¡Ay de los pueblos manejados por magistrados que son siervos de su propia codicia y opulencia! El Libertador examinó la acción del oro, cuando los demás factores sociales no funcionan de consuno y solidariamente; cuando las tendencias materialistas abren brechas profundas en las sociedades, provocando crisis morales que agotan las energías psicológicas que concurren a apoyar la acción del espíritu; por esto recela del futuro de aquella nación y aún de la América toda. Sin duda alcanzó a prever las asonadas políticas que, a merced del oro han quebrantado la paz de varias naciones suramericanas; han rebajado el carácter de las gentes, permitiendo la propagación del mercenarismo militar, civil y político, cual si se tratara de una manera segura de conseguir recursos para la vida ordinaria. A la sazón tenía antecedentes el Libertador para haberlo pensado así; la realidad social de entonces le habrá suministrado luces que irradiarían claridad sobre el futuro americano. ¿Quiénes vinieron a servir la causa realista en agosto de 1809 en Quito? ¿Quiénes derramaron sangre fratricida por primera vez en nuestro continente desempeñando el papel de verdugo, en obediencia a las órdenes del amo?

Eran americanos oriundos de una nación hermana; eran ricos y acostumbrados al esplendor y la vida de fausto, avenidos con las cosas de España y sumisos al mando y señorío de la Corte; habitaban un territorio rico y contaban con espléndidos yacimientos; eran de una sociedad celosa por el rango y las distinciones y categorías; en una palabra, eran



los mismos de quienes hablaba Bolívar y al través de cuyas cualidades entreveía las de casi todos los americanos.

A las mismas cosas escudriña en diferentes circunstancias, cual si un eminente experimentador tratara de sorprender leyes referentes al orden natural. Y así, a las causas sociales mira de diversos modos y en distintas situaciones: ya observa la acción de una de ellas en determinado momento, ya mira la de varias en combinación sistemática y ordenada; ya analiza la energía de todas, por donde viene a suceder que su visión es completa y dilatada: abarca todos los modos de obrar de los factores sociológicos y resumen en síntesis admirables los efectos que deduce.

Como viera una acción simultánea de fuerzas y energías en la vida social Chilena, en un rol de equilibrio e interdependencia recíproca, pronostica a esa nación un distinguido porvenir; allí todos los factores sociales laboran en un orden de armonía y solidaridad, que empujan derechamente hacia el progreso. Y es que no ha sucumbido el ideal, debido a la acción tenaz y constante de la moral pública; el orden económico es tenido en concepto de instrumento de civilización y de cultura; se busca a la riqueza como medio de triunfar de la miseria, pero no como norma de conducta y como suprema aspiración de la vida; con el oro sirven los intereses de la cultura, a donde pretenden llegar. Con esto no decimos que aquel pueblo fuera perfecto e intachable. Abriga aspiraciones dominantes y su fe pública en las relaciones internacionales juega a dos ases y sirve a dos amos.

Y en otras ocasiones no aprecia sino la actuación de una o dos fuerzas, como acontece en el presente caso de «los dos enemigos: el oro y esclavos». Ha visto que las fuerzas de carácter ético no ocupaban puesto predominante en aquella nación, y, sin duda, pensó que el factor económico, en pueblos descuidados por la moral, supera de tal manera en fuerza y energía a todos los demás, que, por sí solo, mueve a la sociedad aceleradamente y sin rumbo fijo, produciendo desconcierto y desatino; debió conocer también que la ambición ilimitada por el enriquecimiento material tortura a las mentes individuales y que el juicio social se amolda a su concepto tenaz y rudo, con menoscabo de un bien entendido espiritualizamiento.

No se le interpreten mal sus palabras, cuando habla de los enemigos comunes a toda sociedad, porque no igno-



raron los saludables efectos de la comodidad y las riquezas en una sociedad, donde la moral guía el criterio colectivo; mas bien atribuye notable importancia a la acción económica que se desenvuelve en consorcio armónico y ordenado con la de los demás factores sociales. Ocurre que no concede importancia absoluta ni prevailecimiento decisivo a las manifestaciones aisladas de la sociedad: con motivo de penetrar las cuestiones en conjunto; de dominar todos los aspectos y tonalidades de los problemas, aparece, como está dicho, enormemente separado de las teorías y de las doctrinas, especialmente de aquellas que dependen de un pensamiento capital o de un criterio singular; a cuya virtud no justificaría jamás todas las razones del Materialismo Histórico y Económico, que mira en todo movimiento, en toda transformación y desarrollo sociales efectos de la organización de las riquezas y de su modo de acción en la economía de los países. Y seguramente no podría convenir conociendo la ineficacia de las fastuosidades materiales en los dominios del espíritu, y sabiendo, además, que las solas riquezas nunca fueron la clave de todos los problemas de humanizamiento pendientes aún de las meras hipótesis de los sabios. Si lo fueron o si lo hubieran sido, habría bastado a todas las naciones repletar sus faltriqueras de oro y abundar en holgura material; más ¡cuántas riquezas y abundancias no han trascendido a serlo!

Los augustos espíritus que vienen ungidos del destino para enderezar la vialidad de la existencia humana, no traicionan los ideales prendidos en sus conciencias por la naturaleza. Bolívar tuvo engarzadas en su corazón gemas maravillosas cuya luz irradiaba al rostro de la libertad que era el dios de su pensamiento. A esta entidad, emanación de la suprema belleza moral, se dedicó a servir consagrándose todo él como holocausto de América. Por esto odió a la esclavitud con todos los ímpetus de su alma, como todos nosotros odiamos naturalmente a los enemigos de nuestra vida; donde percibía exhalaciones de servidumbre le acometían sentimientos extraños con bascas insoportables.

Justicia social y libertad tienen toques de acercamiento: la una defiende a la otra o viceversa, a cuya virtud Bolívar quería barrer siempre toda clase de servidumbre, fuese moral, política, social, etc. Y habiendo presentido la existencia de cierta clase de servidumbre en algunas naciones americanas, en medio de profundo abatimiento interior, dejó escapar sen-



tencias y execraciones formidables. Como buscara libertarlo todo: dominios, razón, pensamiento, dignidad, etc., sentía estremecimientos profundos en su espíritu, cuando entreveía retorciéndose como una hidra la servidumbre en el porvenir de cada uno de los países emancipados. Viendo la inicua conjunción del oro y la servidumbre; vislumbrando a lo lejos los efectos funestos de ese acto indecoroso, condena a los dos elementos, sindicándoles como enemigos del progreso de las naciones. A fuerza de cálculo llega a conocer el futuro; a fuerza de discernimiento hace vaticinios científicos; a fuerza de mirar y escrudiñar el presente, se remonta a un porvenir remoto, en donde observa perdidas a las sociedades nacidas de su brazo, en nubes de servilismo; entonces de científico y pensador, pasa a ser profeta que, sentado al borde del camino ve pasar al Tiempo cargado a su América con una adheala de lágrimas y escarnecimientos; llora como el profeta de las lamentaciones, pero sus lágrimas son gotas de ideales que aún están germinando en el corazón de los espíritus y de las juventudes que hacen la vela de la obra del gran mártir, emancipador y sabio. De su parte habría querido verle libre eternamente libre a América; por esto no quiso transigir con la fatalidad de las cosas, que haría continuar por muchos años la servidumbre moral, en varias naciones suramericanas; y viendo que, en el correr de los años, continuarían muchas de ellas atadas a la coyunda, se deshacía en estremecimientos de espanto; pero felizmente: «su obra quedó en parte por hacerse» y lo que no se ha hecho lo continuarán el tiempo y los espíritus dilectos que nos enviará la cultura.

Con lo anterior se ha demostrado ampliamente la manera intelectual altamente científica de Bolívar: hemos visto su tendencia irresistible por el examen total de los problemas anexos a lo social, así como su discurso vaticinador y sentencioso al rededor del porvenir de las naciones americanas. Sabemos cómo conocía a fondo los distintos aspectos de los problemas sociales, y de la misma manera las relaciones de causa a efecto; pero con una comprensión vasta que, abarcando el conjunto de las complejidades de éstos, se proyectaba sobre todo, a punto de no abstraerse de ninguna causa, de ningún factor ni elemento social que importara algún grado de energía y fuerza para los desenvolvimientos comunes.



Veamos ahora cual es un pensamiento en orden a la confederación americana, desde el punto de vista sociológico. Esto requiere una descomposición de los elementos que tuvo en mientes para la constitución de esa famosa entidad. Decía: «Es una idea grandiosa pretender formar de todo el mundo nuevo una sola nación, con un sólo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo». Desde cuando comienza tratando sobre cuestiones políticas y sociales relativas a América no pierde ocasión de recomendar la unión como base de todo progreso colectivo. En el manifiesto de Cartagena recomendó la unión, y hablaba de lo mismo con fervor en todas las circunstancias de su vida, hasta que murió dejando a las posteridades a la unión como divisa de la verdadera cultura. En esta parte ¿de qué unión nos habla? ¿Qué elementos deben unirse, qué partes deben combinarse, para formar un todo? Como se refiere a «una sola nación» formada por «todo el mundo nuevo» se colige que aludía a la de todos los países asentados en todas las circunscripciones territoriales del nuevo Mundo. Y añadía «con un sólo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo» ¿De qué vínculo pensaba? He aquí dónde estriba la médula misma de la cuestión. Cuando explica los lazos de esa vinculación mira por los ámbitos con esa avidez de escrudiñarlo todo, averiguarlo todo, saberlo todo, con perfecta explicación de sus antecedentes. Vuelve a discurrir haciendo una obra verdaderamente analítica, en lo tocante a los elementos constitutivos de la Federación. Forma agrupaciones de aquellos cuya naturaleza afín les aproxima, haciéndoles concurrir al objetivo que busca tornarle en realizable: forma otras de los contrarios, hasta que hace un juicio maestro al rededor de los factores favorables y desfavorables a la Federación. Con este motivo va tocando en cuestiones verdaderamente trascendentales. A la nación mira como entidad social, a parte de sus constitutivos esenciales, que los sigue examinando individualmente. De este modo pasan por su mente todas las grandes entidades sociológicas que los científicos contemporáneos tienen en grande aprecio y estima. Y entonces son las costumbres, los hábitos, la lengua, la raza, la religión, los intereses económicos y la situación topográfica, el material con que pretende levantar el famoso monumento internacional.



Quienes han apreciado la posibilidad de aplicación de estas atrevidas concepciones no han encontrado nada de realizable en ellas; examinando la entidad en abstracto: viendo a la Federación bolivariana como un ser metafísico, como una, de las tantas creaciones imaginarias de nuestro genio americano, han creído tratar de una estupenda ensoñación, de una magna utopía, de una de las más bellas idealizaciones de Bolívar. No les faltaba razón, si para penetrar su sentido no analizaron el detalle: no examinaron los elementos con los cuales la construyó y determinó su plan de realización en el futuro. Idealizar sobre la Federación bolivariana, sería lo mismo que soñar en cosas maravillosas. Ha menester pensarla y examinarla, descomponiéndola en partes. La comprensión de sus elementos puede llevarnos a conocer el nuevo organismo formado por ellos: puede aún suministrarnos idea de su grado de aplicación en la vida sensible.

Hagamos esto, sabiendo que, a la par, demostramos cómo era científico el pensamiento del Libertador. Pero ante todo es de anotar las proporciones gigantescas de todas las ideas contenidas en la Federación: a más de extensas son atrevidas, y sobre ambas cualidades se realizan los recamados de luz y humanizamiento. El conjunto es un primor estético, acicalado con las prendas más lucidas de la belleza moral. No desconocemos la existencia de otras concepciones análogas: y si de nación extensa y grande tratáramos, nos bastaría recordar el ideal de monarquía universal concebida en el siglo XVIII, o el de la nación del mundo proclamado por cierto orden filosófico. Pero estos pensamientos verdaderamente fueron una idealización abstracta: se concibió la entidad metafísicamente, con abstracción del mundo sensible, sin determinarle una finalidad tan alta y humana como a la Federación atribuyera su autor: no se calcularon las posibilidades de aplicación, ni se les antevió como organismos compuestos por partes, de cuya existencia real no se ha dudado.

Para suscitar su ser internacional, dirémoslo así, Bolívar, rebusca en la realidad social americana bases firmes en que sustentarla: especula respecto a su finalidad y toca en las reconditeces de la abstracción, sin separarse de las condiciones del mundo sensible: en sus meditaciones calladas, acaso, antevía una cultura nueva digna de la entidad que vislumbra-  
ba, en las lejanas perspectivas del tiempo. Como la índole de su labor organizadora le incitaba a sacar conclusiones del



medio social, cuya constitución escrutaba, va siempre derecho a buscar la concordancia entre las condiciones inherentes a éste y sus instituciones. Y de este modo la ley y sus principios: las instituciones y sus fundamentos guardan armonía y relación con el temperamento y necesidades de la persona colectiva, cuya conducta habrán de regularla. Con que si esta es su tendencia dominante: si propende ineludiblemente a establecer el equilibrio entre la naturaleza de las instituciones sociales y la del medio en que actuarían: si al través de su radiosa idealización, entrevé la realidad de la vida, teniendo en las mentes una mejor inteligencia de los hombres, una merma de los instintos bestiales que viven devorando la sabiduría de la razón: si a cambio de esa convivencia falaz y calculadora de las naciones quiso determinar otra emanada de una doctrina de amor y humanizamiento, su Federación, utópica, fantástica, hasta quimérica, en apariencia, en el fondo reúne todas las virtualidades de realización, sólo que habrá de esperarse al desarrollo del tiempo junto con el de nuestras sociedades que van camino de llegar a la nueva cultura presentida por él; a la nueva fase de temperamento social de nuestras naciones, que actualmente no reúnen los recursos éticos necesarios a la manutención del ser imaginado por el Libertador.

Decía que al estudiar la parte realizable de esta entidad, se había observado una labor analítica de sus elementos constitutivos. ¿Cuáles son? Helos. Origen, lengua, costumbres y religión. Cuatro y nada más. Con este corto número de componentes, ¿pretendía levantar obra tan basta? Lo pretendía y aún no desconfió de la eficacia de ella en la conducta de las naciones. Y es que estos factores sociológicos estudiados con detenimiento dan idea de cuánto podrían vincular. Tienen aptitud de estrechar grandes porciones de elemento humano, condición hecha, desde luego, de que concurriesen ciertas circunstancias en la conducta de los individuos y de las naciones. En su concepto, la unión del continente, dependería de la influencia de los cuatro en la vida social de los países americanos, por esto considera «grandiosa» la idea de formar de «todo el mundo nuevo una sola nación, con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo». «Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería por consiguiente tener un mismo gobierno que confederase los diferentes Estados que hayan de formarse». Tengamos en cuenta que, supuesta la



existencia de unidad en los cuatro elementos ya indicados, Bolívar, tiene como realizable la formación de un mismo Gobierno que confederase a todos los pueblos» «en una sola nación».

Luego ¿se deduce que la lengua, como los demás factores, tiene un gran poder de vinculación? Nadie ha dudado. Y además sabemos que expresados los movimientos del ánimo, impresiones, pensamientos, etc., con idénticos caracteres exteriores entre varios individuos, espontáneamente se despiertan corrientes de simpatía que empiezan a discurrir entre todos, hasta que los aproxima y mueve a conversaciones siempre animadas. Así mismo aproxima la raza: personas de individualidad distinta, con caracteres personales propios, las más veces, se acercan sin saber ni advertir la causa secreta que les impulsa al acercamiento. Naturalmente hay semejanza de caracteres étnicos entre esas personas, que les unirán por efecto de una simpatía instintiva. Lo propio acontece con la religión, en la cual prevalece la circunstancia especial de la unidad de prácticas emanada de la unidad de creencias. Esta despierta intensamente el sentimiento de la solidaridad entre quienes profesan el mismo culto. Son, pues, lazos de unión social. Y su acción de vinculamiento puede extenderse a grandes porciones de humanidad. No podrá tener igual grado de intensidad en todos los momentos de la vida social de los pueblos: ni será la misma en todas las sociedades, porque estará en razón directa de su grado de cultura espiritual, sin embargo, como medio de inteligencia recíproca tiene un valor efectivo.

En este concepto Bolívar no considera imposible la manera de convivencia internacional que bosqueja en su especie de Federación. Finca en la Unión el éxito de sus aspiraciones, sosteniendo que ella resuelve todo problema moral y conduce rectamente a las cimas del progreso racional. Ni aún en la influencia unificadora de los factores ya mencionados cree, sino a condición de verificarse una como regeneración de los habitantes de América. Luego veremos de cuál regeneración nos habla, y porqué hace depender de ella los buenos resultados de la Nación americana. De pronto nos cumple demostrar cómo aquellos que muchos llaman ensueños del Visionario no vino a ser sino noción científica del ideal realizable de amor y confraternidad de las naciones.



De manera que siente optimismo por la acción benéfica de la religión, la lengua, la raza y las costumbres para el íntimo entrelazamiento internacional: pero he aquí que, de súbito, encuentra graves obstáculos. El Gobierno que podría formarse bajo los auspicios del ideal de acercamiento emanado de la acción de la lengua, la raza, la religión, etc., con jurisdicción dilatada a todo el Nuevo Mundo, no sería posible: «porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América». En una palabra, quiso decir que la Nación, venía, por de pronto, a ser óbice de la aplicación del ideal de paz internacional que divulgaba a la luz de unas irradiaciones espirituales desconocidas, para el mundo de entonces que no le daba acceso al genio, debido, quizás, a esa limitación del pensamiento general.

Conoció ya el importe de la Nacionalidad. Esta forma de organización que había determinado nuevos senderos a la vida social de los pueblos desde cuando desapareciera del haz de la tierra civilizada la sociedad feudal, en nuestro continente se había despuntado con caracteres bien pronunciados con el establecimiento de las Reales Audiencias y la labor de los misioneros católicos que contribuían a determinar las circunscripciones territoriales de los países nuevos.

Tocó de paso, de consiguiente, en uno de los problemas complejos que actualmente preocupan a los científicos contemporáneos. Acaso no es un ciclo el lapso de las discusiones sociológicas sobre el valor de la nacionalidad: y a pesar de tanta polémica, de tanto debate acerca de sus constitutivos, hasta ahora no se ha dicho la última palabra. Se ha apurado la discusión en rededor de la nacionalidad, hasta que algunos han negado su existencia real. Varios científicos han descartado algunos elementos, tenidos en concepto de constitutivos de aquélla, dejando en pie a muy pocos.

Y entre tanto el Libertador, sin alardes de erudición ni de ciencia, sencilla y llanamente, expresa los elementos de la Nación: de manera que no figuran entre éstos, precisamente aquellos elementos que favorecen las vastas vinculaciones, como la religión, la lengua, etc. Diríase que Bolívar contó entre los constitutivos de la nacionalidad, a los siguientes: al territorio, con todas sus características: a los caracteres étnicos locales que se derivan de la adaptación al medio físico: los intereses especiales que se despiertan en cada país según



su género de vida, y a la tradición e historia particulares. La lengua, las costumbres, la religión y la raza (entendida aquélla que es origen de varias naciones que tienen modales peculiares, a pesar de proceder de un tronco común, no son parte de la Nación: si bien influyen en el sentido de la unificación social, son contrarias a la vinculación intensa y exagerada del elemento humano dentro de un marco estrecho y cerrado, en donde se multiplican los egoísmos locales que dan fisonomía e individualización a la nacionalidad. De suerte que los dos órdenes de acercamiento social que se hallan dentro y fuera de la nación tienen notable diferencia, no obstante su eficacia unificadora. Se distinguen por el grado de fuerza y energía con que vinculan, así como el objetivo y finalidad.

A medida que los lindes territoriales se reducen, la nación se torna más sensible y fuerte: el espíritu nacional vibra enardeciendo, exacerbando las fibras del egoísmo humano de las multitudes que moran dentro de un relicario de aspiraciones limitadas: el yo social palpita en todo ser suscitando amor desmedido a lo que solemos llamar patria. Se ama al pedazo de tierra, al recuerdo, a lo que pasó, al solar nativo, al pedazo de cielo que cobija el palmo de tierra que habitamos, a las montañas que tenemos costumbre de mirar, a las calles, a los caminos, a las playas, a los ríos y a todo reducto o rincón que suponemos tienen huellas de nuestros antepasados: en una palabra, pensando que amamos a la patria, amamos solo a aquello que tenemos idea nos afecta por algún motivo, algún evento. Es el cariño del yo individual, con meras apariencias de amar a todo aquello que está en nuestro derredor. A este fin llega la unión que favorecen los elementos de la Nación: esta es, de consiguiente acicate y estímulo del cariño desmedido a uno mismo: acicate y estímulo del amor propio, cuya irradiación podríamos llamar egoísmo.

Los otros no aproximan con tanta fuerza: no vinculan con intensidad, y su vinculación propende a otra finalidad distinta de la anterior.

La Nación reúne copia inmensa de recursos contrarios al desarrollo de la convivencia internacional; esta forma de asociación puede auspiciar el desenvolvimiento de la originalidad de los pueblos: puede suscitar un sentimiento intenso de la responsabilidad de los Estados, y será siempre factor negativo en el camino de la socialización humana de los países.



Bolívar penetró hondamente esta circunstancia: previó sus efectos hostiles a la cultura internacional: y aún cuando no expresó en términos taxativos, ni se refirió concretamente al concepto de Nación, en cambio habló de sus factores, que en definitiva, era lo mismo que si tratara de ella.

Helo allí al profundo previsor, al enorme calculador del efecto de los hechos sociales en el decurso de la historia americana. Entonces nadie discurría sobre estas cuestiones: y ni era posible pensar en materias abstrusas y nuevas: y sin embargo él dilucidaba sobre asuntos cuya explicación no ha agotado la crítica y la ciencia.

Y lo admirable es que los hechos están demostrando la clarovidencia del Libertador. Y si no, veamos cuál ha sido el papel de la Nación. Ante todo cabe afirmar sin ambages ni temores, que el excesivo nacionalismo ha venido constituyendo la sombra, el espectro formidable que se opone a la realidad de la paz del mundo. Implica una valla que ataja las corrientes de humanizamiento: allí se quiebran las más caras esperanzas de confraternidad, a punto que, si los hombres de las naciones, como individuos, se entienden, las naciones, como entidades del concierto internacional, no hallan maneras de comprenderse sino anteponiendo, como emisario de inteligencia recíproca, la fuerza y el cañón, el celo y la desconfianza.

ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Dentro de las fronteras nacionales hay un espíritu colectivo que pretende acurrucarse más y más en las quiebras del solar territorial: hostiliza a quienes piensan trasponer los linderos patrios e ir a hacer hogar común en el haz de la tierra; ese espíritu produce la cizaña en el mundo internacional; vive entretejiendo permanentemente un famoso vallado de acero que demarque más los mojones divisorios de los Estados. La Nación, término conceptuoso y comprensivo de muchas cosas que dicen referencia al desarrollo del egoísmo individual, despierta hondo cariño a la parcela, cuyos costados son vigilados por hileras costosísimas de guardias y espías. Alimenta el temor perpetuo de pueblo a pueblo, el recelo de país a país, y las más veces, el odio y la falacia. La paz universal no tiene otro enemigo que ella: la concordia del mundo se aleja de la realidad a medida que la Nación crece en intensidad. Cuando los hombres divisan en las perspectivas del tiempo futuro alguna amenaza universal, se sienten sobrecogidos: un torrente de espanto discurre por las ar-



terias del orbe y todos se aprestan a buscar un auxilio en el ideal de paz, de unión y humanizamiento. Cuando una gran catástrofe hace estremecer los cimientos del globo, sembrando pavora en el corazón del mundo civilizado y poniéndole en peligro de ahogarse en las charcas de su propia sangre, todas las miradas van a la paz: todas las voces acuden a la paz, todos los corazones, todas las almas quieren cobijarse con el manto de la paz. La paz es entonces el áncora mediante la cual piensan salvarse todas las naciones que se miran como náufragos del océano de tormentos. Mas, a poco de haber pasado el estremecimiento formidable, las sociedades vuelven a su primitivo estado de relaciones. El afán de acercamiento desaparece dejando en su lugar marejadas de ambiciones, codicias y resentimientos; luego se llaman a juicio las entidades internacionales reclamándose recíprocamente derechos y obligaciones, para cuyo cumplimiento son menester incalculables sacrificios comunes.

La guerra del 14 que trocó en cementerio casi a toda Europa: que hirió de muerte a las grandes potencias; que por nada no dejó locos de remate a todos los hombres que participaron en ese fúnebre movimiento de epilepsia y de sangre, aparentó muestras de haber barrido los sedimentos y extractos de bestia y de pantera existentes en el fondo del individuo racional: pero la sangre humana, desgraciadamente, no ha limpiado jamás la mugre que las bajas pasiones han escupido en la faz de los pueblos, ni ha saciado nunca la sed de tanto forajido que, con el nombre de rey, conquistador, monarca, general, etc., han infestado las esferas de la cultura.

La guerra de 1914 aumentó una afrenta más a cada una de las naciones que se han creído hogar y asiento de la verdadera cultura universal. Y la misma guerra, con ser una famosa tempestad que vomitaba la muerte por los puntos cardinales de la tierra, con haber hecho llover fuego y metralla, horror y espanto, sobre las gentes, pasó a la Historia dejando una pestilencia acre y persistente en el recuerdo de las generaciones, pero no dejó una huella siquiera de regeneración. El sobrecoimiento, la pavora, no han servido sino para distanciar más a los países: han acicateado a cada uno para que busque su prevalecimiento empobreciendo y achicando las fuerzas de los demás. Han sido antecedente, para que la Nación surja, como siempre, de árbitro de las disociaciones universales. La Nación ha vuelto a imperar en el



corazón de las multitudes; en el cálculo y previsión de los Gobernantes: la Nación, fuente de emotividades enérgicas y ciegas, está haciendo olvidar los estragos que aún están frescos de la hecatombe pasada, y preparando autómatas y verdugos para otro festín de fieras humanas que, acaso ebrias de sangre pasearán las teas de la muerte por toda la redondez de la tierra.

Tiene mérito sin parecido el Libertador, cuando prevee los efectos de la Nación como contrarios a los intereses de la cultura; cuando contrapone los elementos constitutivos de la misma forma de asociación a la realización del ideal de unión y humanizamiento. Establece como posible la unificación de todas las naciones americanas, con la esperanza de que algún día habrán de regenerarse: ya examinaremos a qué llamaba regenerarse. Por de pronto sigamos viendo los efectos de la Nación, en el curso de las relaciones internacionales de los pueblos.

Cuando la luz del ideal de paz rayó por el horizonte entenebrecido de Europa, al toque de oración para los fieles y devotos del espíritu de concordia, por un momento las naciones dieron indicios de entenderse: hicieron preparativos para ver de desalojar la guerra, como medio de resolver problemas y dificultades internacionales: de pronto comenzó a circular una corriente de sentimiento humanista: mas el disfraz de la fiera humana fué roto y abiertas las amarras que sujetaban sus fornidos miembros: empezaron las odiosidades que auguran otra hecatombe para tiempos no lejanos.

La misma Francia que tiene las insignias de la realeza intelectual legendaria y que guarda en su corazón el cofre del ideal, cedió a los imperativos nacionalistas: y, primero que salir por los fueros de éste, acurrucóse en su viejo rincón de rancias tradiciones espirituales, sin mirar bien a los apóstoles que predicaban la paz: si este pueblo antorcha del mundo por su preclara ayuda a la civilización dió y ha dado muestras de egoísmo hondo y arraigado ¿podríamos esperar de los demás abnegación y desprendimiento en beneficio de la paz universal?

Mientras la Nación no sea devastada en sus elementos primordiales; mientras la unión social se verifique sólo dentro de los linderos territoriales, y los intereses y problemas locales atormenten el criterio de los Gobiernos con miras exclu-



sivistas y atávicas, la confraternidad internacional no dejará de ser una bella esperanza: todavía tienen más ascendiente en las aspiraciones humanas todas las cosas que constituyen el patrimonio material: y entre tanto las que son parte de las riquezas del espíritu no les importa mucho: y es por esto que la Nación asentada principalmente en un pedazo de tierra, despierta en el elemento humano fuerte sentimiento jurídico de la propiedad de ésta. El amor a la faja de tierra suscita diversidad de intereses locales que los hombres defienden a trueque de la vida: la patria misma no es sino una de las múltiples expresiones del primitivo sentimiento de apego al suelo: y ya sabemos cómo es tenida y comprendida en la opinión general, a punto que quien no fuera patriota sería declarado reo de lesa cultura social.

Sin esta forma de asociación ¿sería diversa la situación actual de las relaciones internacionales? Muy aventurada sería la respuesta a semejante pregunta, pero sí cabe decirse que la misma habría podido seguir distinta ruta de la actual si en ella no se hubieran empezado a tratarse las cosas con ese desmedido afán localista que ha reducido las miras de la humanidad a solos los círculos fronterizos: el sentimiento nacional ha mermado enormemente el que cada individuo abriga respecto al concepto humano total, entero y sin limitaciones.

Los elementos que determinan la estructura de la Nación crean lazos comunes y estrechos de convivencia en la sociedad que vive adaptada a un territorio determinado: de donde se desprende, como consecuencia, el hondo sentimiento de dominio sobre el suelo y una como predilección por todo cuanto afecta a éste y a sus tradiciones. Así, pues, los individuos se unen dentro de la Nación sin tener en cuenta para nada el ideal de humanizamiento, cuya realización supone un acercamiento más franco y comprensivo de los hombres, en el concepto de ser miembros de la especie humana: la Nación aproxima a los individuos para defender intereses locales emanados de la adaptación a una área de tierra: para defender las tradiciones y una vida pasada que tiene valor de afección entre quienes se cuentan como descendientes de aquellos que la vivieron, y, como es natural, para defender los intereses económicos, comerciales, etc., que suscitan la competencia de pueblo a pueblo.

Por ende viene siendo adversa, la Nación, a todo entendimiento humano y desinteresado de los hombres: aunque al-



gunos han tenido optimismo en orden a la posibilidad de hacer valer los factores económicos, sobre todo el comercial, como recursos de vinculación e inteligencia recíproca de las sociedades internacionales, es de creer, con el Libertador, que la unión de los Estados será todavía escasa, entre tanto no haya una corriente de regeneración en el curso de la vida internacional.

Como hemos visto, hablando de su Confederación, decía que ésta podrá verificarse bajo la dirección de una gran Asamblea, en la que los representantes de las naciones americanas trataran «de los asuntos principales de la paz y de la guerra», puesto que, existiendo lazos comunes entre todas ellas, fácilmente conspirarían a esa finalidad. Examinemos ahora al rededor de este punto de vista la naturaleza de esos lazos comunes. Son: la religión, la lengua, el origen o sea la raza y las costumbres. De pronto aparece una conclusión: casi todos éstos son extraños a la nacionalidad: esto es, a la nacionalidad actual, existente como última forma de asociación desde los albores de la época moderna hasta los presentes momentos históricos que vivimos.

Cabe preguntar: ¿estas entidades sociológicas guardan contraposición con los elementos constitutivos de la nacionalidad? ¿Es tal su fin en el rol de las cuestiones sociales, que no puede mantenerles en una esfera de coordinación y cooperación con los factores de la nacionalidad? Sabiendo que todos verifican una obra de vinculación ¿por qué suponerlos actuando dentro de esferas distintas y contrapuestas?

Y sobre todo, ¿por qué el Libertador cree posible la Confederación de los Estados americanos que tienen lazos comunes de sangre, lengua, religión y costumbres? El nacionalismo y sus anexos aproximan y unen a los individuos de un territorio dado, con tal fuerza que suscita una persona colectiva con intereses peculiares y opuestos a los de las demás entidades internacionales: y los factores enunciados por el Libertador aproximan y unen a los hombres, con prescindencia de los vallados fronterizos y de las redes territoriales, en un concepto de cordialidad fraterna, de solidaridad y socialización. Por efecto de la acción de aquellos resultan las patrias pequeñas susceptibles e intensamente poseídas de su yo y de su autonomía: a consecuencia de la actividad de éstos dimana



la patria más amplia y comprensiva de la afinidad espiritual de los hombres. Aquí residen las diferencias sustanciales entre ambos órdenes de factores sociológicos.

En realidad, la lengua, como medio de comunicación intelectual no actúa en circunscripciones limitadas; su campo es vasto, porque no tiene que ver con los intereses locales de las barreras limítrofes: actúa distribuyéndose en filigramas sutiles de energía espiritual y anímica en la vida de distintas sociedades, de distintos pueblos, que, por expresarse y comprenderse mediante una misma lengua, se sienten ligados moralmente de un modo altamente superior. Es un lazo inmenso que abarca naciones, si bien carece de la fuerza que caracteriza a cada uno de los elementos nacionales: para levantar, al unísono, el alma colectiva de un país. En la hipótesis de tramarse una conjuración hostil contra la lengua, de seguro, no levantaría protesta un solo pueblo de aquellos que la hablasen: protestarían todos, haciendo visible defensa de uno de sus más caros intereses comunes. Puede comprender no sólo naciones sino continentes y, acaso, el universo: su acción se dilata a considerables distancias; pero en cambio, como es de extensa es también débil.

La comunidad de origen ejerce influjo notable en el mismo sentido; arraiga profundamente países de diversas posiciones territoriales. Enlaza grandes porciones de humanidad, rebasando los linderos nacionales; menos extensa que la de la lengua, su acción es más intensa; de donde sucede que los sentimientos etnológicos son estímulos poderosos en la conducta de los Estados: el espíritu de raza suscita más acercamiento que el vínculo anterior. Se dió caso que aún influyó este factor social más que los mismos elementos constitutivos de la nacionalidad, en Inglaterra, donde se ha cuidado la autonomía racial con diligencia y con celo. En esta nación hubo escritores que aconsejaron hacer abstracción de los intereses comerciales ingleses permitiendo trasladar la sede de los negocios a Washington, con tal que los fueros de la raza quedaran incólumes. (1)

Lo mismo diríamos de la religión, sólo que se dilata a esferas más extensas que los anteriores. El credo tiene la

---

(1) «Bolívar, por los más grandes escritores suramericanos».



propiedad de interesar a una infinidad de países, de pueblos y naciones que habitan a considerables distancias. Entrelaza a sociedades de intereses materiales contrapuestos; a pesar de la diversidad de climas, situación y más accidentes, el ideal religioso circula por todas las latitudes. Aún en tiempo de visible estacionamiento, su acción no deja de ser poderosa. Aparentemente ocupa muy poca parte de la conducta de los individuos, por cuanto concierne tan sólo a su fuero interno: en el fondo tiene el privilegio de subordinar a los demás intereses, hasta ocupar puesto primordial en las preocupaciones de las gentes: diríase que en aras del ideal religioso la personalidad de cada creyente sacrifica su originalidad: se subordina toda entera al credo religioso. Las cruzadas prueban cuanto se ha dicho, y aún más, indican que, bien dirigida una sociedad, por el camino religioso, puede seguir rumbo de unir a los hombres con lazos fraternos: si bien es cierto que, por desgracia, no hay elementos racionales que individualmente propendan a buscar semejante camino, colectivamente podrán hacerlo alguna vez, si el ideal y la religión consiguen separarse de tanta consideración material y utilitaria, con que aparecen confundidos en los ritos y en los cánones de cada una de las religiones del orbe.

Acaso las exigencias materiales y cotidianas de la vida han impuesto el triste papel a las religiones de mezclarse con los intereses materiales, que les impide su labor benéfica. Hay credos con tanto poder e influencia que suscitan sociedades verdaderamente organizadas al conjuro del ideal religioso. Adoptan un régimen y una disciplina verdaderamente admirables. El Catolicismo es uno de ellos: en su seno existe todo: desde la sociedad política hasta la religiosa, con la circunstancia especialísima que la primera encuentra su explicación lógica en la segunda. Quiere decir que el catolicismo exige una organización material, un cuerpo de funcionarios con esferas de acción conocidas, para el cumplimiento de la ritualidad impuesta por Dios. El Catolicismo es la sociedad universal por excelencia: la fe y la revelación custodian a las almas por encima de todo límite y de toda frontera. El poder de un hombre se extiende por los ámbitos del globo terrestre con jurisdicción sobre todos los fieles católicos.

Si en verdad hubiese consecuencia entre la conducta de los hombres y sus principios: entre sus hechos y sus ideales, el mundo, a lo menos dentro del círculo católico, no daría el



espectáculo de una Babel, donde nadie se entiende: a lo menos los católicos deberían dar un modelo de conducta fraterna; si desde el punto de vista religioso vienen a ser súbditos de un mismo jefe que de hecho lo son también hermanos en el ideal común: luego, ¿por qué los mismos católicos, contravienen a sus principios, desarrollando guerra entre las patrias y los estados pequeños, guerra fratricida, guerra criminal, guerra de caníbales? Sencillamente porque los intereses nacionales pueden más que los religiosos: más que el ideal de perfeccionamiento racional y de solidarización.

De otro modo el Padre Santo y todos sus súbditos católicos habrían contribuido a la inteligencia recíproca de las naciones; no habrían sido muchos obispos y cardenales, sacerdotes, etc., los principales obstáculos a la unificación, so pretexto de su fe y adherencia a la patria.

Las costumbres rara vez pueden extenderse a innumerables pueblos, en tal grado de juntarles y abrazarles, haciéndose ostensibles en la uniformidad de vida. Sufren modificaciones sensibles de un país a otro, dadas las diversas condiciones de clima y situación, a cuyo motivo mal puede subsistir la uniformidad de las mismas. Sin duda, las colonias americanas provenientes de un mismo origen, pudieron adoptar costumbres semejantes, a despecho de la diversidad del clima, la situación, territorio, etc. Mas, esa uniformidad no debió permanecer por imposibilidad física y aun moral, durante mucho tiempo. Acaso, hasta el tiempo de la independencia se pudo observar la uniformidad de que nos quiere hablar el Libertador, puesto que, con ligeras diferencias, en la mayor parte de los pueblos americanos hay costumbres, más o menos uniformes. Cuando tuvo ocasión de observar el medio social americano, Bolívar, quizás encontró más pronunciada esta particularidad, que influyó en su ánimo para incluir a las costumbres, como uno de los factores favorables a su Confederación.

Hemos visto ya, los elementos tomados por el Libertador para explicarnos la estructura de la Confederación; con mayor o menor intensidad, con mayor o menor extensión, tienen como propiedad inherente a su naturaleza, la de aproximar a los individuos de la especie humana entre sí: de estimularles a una mejor inteligencia: en una palabra, a una posición próxima a una socialización y humanizamiento. Para la finalidad que se proponía dió con los medios adecuados. Sin



embargo es de advertir lo siguiente: Bolívar aún vió lejana época de la posibilidad de realizarse el mutuo entendimiento de las pueblos americanos, mediante la forma de organización que él suscitaba. Existían obstáculos según pensaba, para su cumplimiento. Ya hemos visto cuáles eran esos obstáculos. Hace falta saber la duración de la imposibilidad de ejecución por la existencia de aquellos.

Lo cual significa: ¿la Nación y sus anexos serán siempre óbice a la cordialidad y fraternizamiento de los Estados? ¿No tendrá algún desenvolvimiento favorable al esparcimiento del espíritu de humanidad y orden en las relaciones internacionales? ¿Los mismos elementos de la nacionalidad no podrán, en futuro no lejano, encausarse en una vía de coordinación con los fijados por el Libertador para la unificación de América?

Cuando nos hablaba de la regeneración de los países americanos, en concepto de condición, cuyo cumplimiento haría posible la Confederación, no hizo abstracción de los constitutivos de la nacionalidad: tomó a estos como factores contrarios a la ejecución de la obra concebida a modo de ideal: pero aún respecto de los mismos abrigó uno como optimismo, pensando que habrían de desenvolverse al influjo de una reacción de la cultura peculiar a los americanos, como efecto de sus virtualidades étnicas. Tampoco tuvo desconfianza en la influencia moralizadora de ciertas clases sociales en la vida de cada nación. Luego determinaba como medida de la regeneración la unión de los miembros de cada Estado. La Unión, en su sentir, implicaba el recurso más expedito para el establecimiento del orden en todas las fases de la vida internacional.

Pero si la Nación mantiene a los individuos de su territorio íntimamente unidos, ¿a qué viene la recomendación de unirse a todos los miembros de cada Estado americano? No nos maraville la aparente paradoja, sabiendo que cada nación ofrece un curioso espectáculo: los habitantes de cada país frente a los de otro sienten intensamente la necesidad de aproximarse, de estrecharse, en una palabra, de formar una sola persona: y entre tanto dentro de los lindes territoriales, los mismos que, por causa de las razones anteriores buscan acercarse, se distancian, se separan sea por razones políticas, sea por razones sociales, etc.



Y como este distanciamiento dice relación a la vida diaria de las personas, resulta perjudicial a los intereses de la cultura del espíritu: ¿qué importa que la unión precaria y accidental de los individuos de una nación, en algunos casos de alteración internacional, cuando de ordinario y como si viviesen habituados, viven separados con enconos y odiosidades infranqueables por en medio?

La desunión de los individuos dentro de la nación es mortal a la cordialidad de las relaciones internacionales, por cuanto la influencia de la religión, la lengua, el origen en sociedades con elementos distanciados entre sí, casi es nugatoria: en semejante situación los elementos sienten poco el influjo de estos factores de unificación, a virtud de hallarse fuertemente separados. Y luego sienten escasamente en favor de la vinculación internacional, que requiere una verdadera abstracción de ciertos intereses personales, que son, por otra parte, la causa principal del distanciamiento de los individuos de una sociedad.

Cuando la situación interna de un pueblo es tal que divide por demás a los hombres, los negocios internacionales quedan completamente al margen, y sujetos al cuidado exclusivo de los Gobiernos, los mismos que han tenido facilidad para explotar los sentimientos patrioterros de las gentes, en ciertos momentos difíciles para su conservación. A esto se debe el defraudamiento por parte de los funcionarios públicos de algunos países del sentimiento común de los pueblos, con los cuales permanecen divorciados.

---

Sabiendo los efectos adversos de la Nación en la vida internacional, veamos si aquélla como forma de asociación, será susceptible de algún desarrollo en sentido favorable a la comunidad y alianza definitiva de los países. Acaso la regeneración de que nos hablara Bolívar tenga que ver en mucho con este asunto. Los factores de la nacionalidad, ante todo, tienden a favorecer el adelanto de la individualización: esto es innegable. La índole y caracteres de los mismos determinan variaciones y modalidades peculiares en la vida de cada pueblo, cuya individualidad refleja matices distintivos que



no se confunden entre sí. El clima y las diversas condiciones territoriales suscitan hábitos y costumbres que, en definitiva, originan formas especiales de vida colectiva. Taine explica con inimitable elocuencia los efectos de la influencia del territorio en el temperamento humano, comprobándonos su tesis con suma enorme de testimonios y hechos que fueron realidad, en las distintas etapas de la historia humana.

La situación territorial define y concreta la clase de vida que adoptan las poblaciones. En lo antiguo figuran como ejemplos clásicos las poblaciones esparcidas en la parte occidental del Asia, especialmente, los fenicios: los griegos en el Sur de Europa: y en nuestros tiempos, sin temor de dudar, pongo como caso típico de la acción del territorio en la vida social, al pueblo británico.

La adaptación al suelo crea sentimientos de honda afección, y, a su vez, las condiciones territoriales dan origen a tendencias determinadas, de índole comercial, industrial, científica, etc., que suelen dar fisonomía especial a la clase de intereses que agitan la actividad de los individuos. En definitiva diríase que las condiciones de la naturaleza física suelen expresarse en las condiciones psicológicas de las colectividades. La originalidad de los Estados proviene de estos antecedentes, así como su individualidad. Ahora bien, con lo anterior, hemos llegado, quizás, al fondo de la cuestión. En cortas palabras, se reduce a esto: las cualidades de originalidad e individualizamiento de las naciones, ¿no implican razón suficiente para aproximar y estrechar las relaciones internacionales? La originalidad nacional, beneficioso efecto, de los constitutivos de la Nación, importa en el concierto internacional en las relaciones de los individuos. La originalidad constituye la más fiel expresión de las aptitudes y virtualidades psicológicas del sujeto individual o social: la individualidad denota las distintas maneras de ser en el orden ético e intelectual de las personas. Luego, ambas son fuente de recursos para la vida de relación lo mismo de los individuos que de las naciones: ambas son causas de acercamiento y de complementación, por cuanto se establece uno como intercambio de bienes y beneficios.

Pensando en el razonamiento anterior, acaso, se nos tacharía de ilógicos e inconsecuentes, recordando nuestras aseveraciones sobre los efectos de la Nación en las relaciones internacionales: pero antes de hacer crítica sobre esta



aparente contradicción hagamos cuenta que no habíamos hablado de aquellos efectos en forma absoluta, y de que fueron tomados solo parcialmente, para hacer notar el aspecto negativo de su acción en la comunidad de los Estados. Hablamos del egoísmo nacional: del excesivo nacionalismo que encarcelaba los mirajes de las gentes dentro de cada barrera territorial: del exceso de defensa de las cuestiones nacionales, que las más veces no importan valores trascendentales: de las susceptibilidades localistas que, en el fondo, encierran un verdadero desconcepto y abstracción de los sagrados y universales intereses de la humanidad. En una palabra, nos referimos al egoísmo desmedido de cada pueblo, que, en sustancia no significa ni originalidad ni desarrollo de la parte individual, y que importa más bien positivo menoscabo de estas dos importísimas cualidades.

Así que, la regeneración vislumbrada por el Libertador, como condición para la intensificación de las relaciones fraternas de nuestras naciones americanas, tiene roce con esta cuestión, especialmente cuando dice: «seguramente la unión es la que nos falta para completar la obra de nuestra regeneración». Y los pueblos se unen más, cuanto más han desenvuelto su originalidad en el medio físico en que viven: multiplican más sus relaciones de convivencia, cuanto más rica y completa es su individualidad. Entonces los unos tienen aptitudes de que aprovechan los otros: éstos disponen de lo que han menester aquéllos: en esta forma todos buscan vivir a trueque de la ayuda recíproca y de la interdependencia: surge como una necesidad la consagración del respeto mutuo: cada nación, como individuo, aporta al concierto internacional un notable acervo de cultura y de bienestar. Los tonos y matices de la individualidad dan idea de la opulencia de las fuerzas espirituales, de las riquezas y maravillas que encierra el mundo psicológico. Cuanto más se ha individualizado una nación se ha humanizado más: tiene mayores contactos con los secretos de la naturaleza: oye la voz de la Creación y siente los latidos de la afinidad de las razas humanas en los estremecimientos de su propia conciencia. Entonces propende al entrelazamiento con las demás: suministra al mundo recursos nuevos de vida y de civilización, por efecto de su labor constante. Con que si algún efecto bueno produce la Nación diríamos que son la individualización y originalidad.



Coordinadas estas dos entidades con los elementos previstos por Bolívar para su Confederación, tendríamos a ésta en vías de realizarse.

Debo agregar algo a la originalidad de los países, para continuar con esta última parte. Una nación que ha desenvuelto su originalidad da indicios halagadores de su capacidad socializadora; pues su misma organización interna es tal que, en el orden político, sobre todo, observa armonía y orden: el pueblo tiene asegurados sus intereses en la corrección y firmeza de sus gobernantes: la ley es expresión genuina de sus necesidades y estado cultural. ¿Han llegado a este estado la mayoría de nuestras naciones americanas?

Muchas de ellas contemplan a sus instituciones principales desvinculadas entre sí y al cuerpo de sus gobernantes separados de las leyes y de la opinión colectiva: y hay naciones en que sus gobiernos tienen trazas de no reconciliarse con la sociedad: viven una vida de disgregación y de separamiento: en estas poblaciones la unión se aproxima a lo irrealizable y la idea de cooperación no es apreciada: el desenvolvimiento de los valores individuales es escaso: de consiguiente, la originalidad retraída en la parte de misterio y de arcano que cabe en toda persona, no tiene lugar para su esparcimiento. Pero esto será definitivo?

El período histórico actual debióles llegar fatalmente a las naciones americanas que, como todo pueblo, toda nación, han seguido el curso de su desenvolvimiento: de consiguiente no será definitivo su estado de anormalidad política. Pasará, y entonces las predicciones del Libertador tendrán fiel cumplimiento. Y será cuando penetrados los americanos de la importancia de la unión, como factor primordial de progreso moral y material, propendan a levantar el alma de América, como fiel exponente de la cordialidad e inteligencia recíproca de cada una de las naciones.

La lengua, la religión, el origen, las costumbres, la tradición común aureolada con resplandores de epopeya, prepararán a la América magna en la conciencia, en el corazón, en el pensamiento, en los anhelos y en las aspiraciones de cada americano. Cada uno de esos grandes elementos fijados por la mente de Bolívar para cimiento de la unidad del continente reúne gran acopio de fuerzas y energías de entrelazamiento: tendrían aptitud de aproximar a los hombres de los cuatro puntos cardinales del globo y hacerles sentir la santa



frucción del abrazo fraterno, si ya los hombres hubiesen llegado a un alto grado de originalidad e individualizamiento.

No está tarde el día de la íntima concordia americana. Los cuatro factores ya enunciados son distintivos de nuestro continente: su campo de acción se extiende desde Méjico hasta los confines de la América del Sur. Un haz de pueblos independientes tienen una misma habla, proceden del mismo origen, se hallan cobijados por los pliegues de un mismo ideal religioso. Varias de las naciones suramericanas han principiado desarrollándose de manera distintiva y peculiar: varias se han mostrado celosas por los fueros de nuestra lengua y de la raza.

De suerte que, llegadas nuestras naciones a su grado máximo de individualizamiento y originalidad, la convivencia internacional del continente habrá de reglarse por los principios prácticos de una verdadera solidaridad: entonces el mayor desenvolvimiento de aquellas dos cualidades será un indicio de multiplicidad de aptitudes y actividades en cada uno de nuestros Estados que, por el mismo caso, multiplicarán al infinito sus prestaciones recíprocas. En semejante estado de cultura internacional, la lengua y la raza, suscitarán grandes corrientes de sentimiento común hacia la nueva América una e indivisible. La lengua ha sido y ha de ser poderoso estímulo de acercamiento, así como la religión y el origen. La primera despierta la conciencia de las colectividades, expresando ideas y sentimientos comunes a las aspiraciones de todos los individuos: pone en contacto a las generaciones pasadas con las presentes; reconstruye un viejo pretérito recamado con filigranas de amor y de lágrimas, de pasión y de tormento: la lengua valió a nuestros abuelos para entrelazarse espiritualmente: es al mismo tiempo la voz y la imagen del alma de las generaciones que fueron: tiene el poder mágico de revivir a los muertos en las palabras de los vivos, mediante la eterna conjunción del pasado y el presente: finalmente constituye el tesoro espiritual de las naciones, con cuyo apoyo llegarán a concertar su desposorio definitivo con el ideal de unificación.

En la actualidad aún es deficiente el influjo de la lengua, acaso, porque las puertas de la escuela permanecen cerradas para las mayorías de cada pueblo, a las cuales se escatima la ración del pan espiritual que han menester para su alimentación cotidiana: las conciencias habitan antros



oscuros donde germinan los bacilos que inficionan a las multitudes: los espíritus se debaten en la miseria moral, caminan mal traídos, luciendo trajes ideológicos harapientos y caducos de otros tiempos y de épocas enfermas. Si bien en algunas repúblicas nuestras surgen falanges aguerridas que embisten con la ignorancia, en lid abierta, las campañas del ideal son cortas y no muy gruesas las filas que rompen hacia la cultura: no acuden a las campanadas que tocan a guerra los soldados de la nueva América, las huestes que defienden ídolos de barro y levantan altares a las falsas divinidades que inspiran la humillación y el adulo políticos, porque aún la regeneración vaticinada por el Libertador no llega a las manifestaciones políticas de los pueblos americanos: los gobiernos escapan a la solemne llamada que vive haciendo el espíritu de Bolívar desde las alturas del santuario democrático: el corazón de cada nación aún no se abre francamente al grito de insinuación que el Mártir de San Pedro Alejandrino, hiciera en su rapto de amor y de perdón: los ecos del sublime agonizante resuenan, al través de una centuria, con ráfagas de castigo y acentos de maldición, en las estancias de todo traidor, en las moradas de todo foragido político y en los lugares más públicos, donde la política corrompida conspira contra los intereses generales, trama conjuraciones contra el pueblo y legisla sobre el modo de mentir y de engañar.

Pero el día de esa regeración llegará, y, acaso, no muy tarde. La apoteosis que el mundo civilizado rinde al espíritu de Bolívar y el triunfo de sus ideales en los conciertos internacionales de cultura son anuncios de semejante aproximación. Sobre todo el campo social de América no ha permanecido en abandono y sin cultivo; es rico en virtualidades civilizadoras y culturales. ¿Y acaso no hicieron la riega de provechosas semillas en toda su superficie abriendo hondos surcos esos infatigables cultivadores como Sarmiento, Rodó, Darío, Machado, Palacios, Montalvo, y tantos otros sublimes labriegos que andaron sin descanso la jornada, a cuestras, desbrosando malezas, trazando rutas y aun suavizando la empinada cuesta que conduce al ideal?

Y luego dontamos con elementos que no dispusieron, ni en el tiempo ni en el espacio, los demás pueblos de la Historia. Unidad de lengua, de religión, de origen de tradición, y, hasta cierto punto, de costumbres. Los americanos



se unieron para emanciparse; es decir se unieron para inmortalarse en una misma ara, en la cual depositaron la misma ofrenda a trueque del mismo fin. Borraron distancias, olvidaron intereses locales, omitieron diferencias de pueblo a pueblo, y en íntima inteligencia cincelaron epopeyas por doquiera fueron los ejércitos independientes; ya era la llanura, ya era la meseta, o eran las cimas de las montañas, los collados, las costas, los ríos, los océanos y los mares, el altar del sacrificio. Vertieron su sangre en un mismo arranque de entusiasmo, y la vertieron a torrentes que se esparcieron por el haz empurpurando y abonando la savia que hoy circula por el árbol que arraiga en el corazón de todas las naciones libres que se nutren de sus frutos. Como se unieron todos para sacudir el yugo, que les impedía ser libres, se unirán también para desatar aquel que les sujeta al egoísmo y la separación; se unirán para conseguir los ideales que nuestros ascendientes dejaron esbozados en los albores de nuestra historia republicana. Se unirán para rematar la obra empezada, cuando el Mariscal asestó la última lanzada en el corazón del imperialismo ibero; para acabar de plantear la libertad en las conciencias cuando haya rayado la misma luz espiritual en todos los corazones. Si en pos de la libertad de Bolívar acudieron tantas falanges, en pos de la unificación de América que es otro ideal del mismo adalid se afilarán otras tantas: no está, pues, muy distante el día en que vendrán aquellas huestes. Sin duda no suena la clarinada de su avecinamiento triunfal, porque las legiones del espíritu no se han adiestrado aún en el ejercicio de la nueva guerra, incruenta, pero digna de titanes, silente, porque la algarabía del sayón y del asesino habrá callado.

A más de la lengua y los otros factores enunciados por Bolívar, deberíamos citar, como elemento constitutivo de la gran Confederación bolívariana, a la tradición, porque su influencia no es corta en la vida de los pueblos.

Como está dicho, la emancipación suramericana fue obra del continente entero: a su realización concurrieron los hombres de todas las naciones americanas: entonces los soldados de la libertad no reconocían fronteras: el ejército emancipador fue uno solo: durante los períodos más fragorosos de nuestra epopeya caminaban unidos y morían entrelazados con ligaduras de martirio: el esplendor de las proezas irradiaba



la luz de la inmolación de todos; entonces los soldados llamábanse hermanos y a Bolívar le decían Padre, a la América, patria y la libertad su tesoro. Se unieron también los dos individuos representativos de la raza en abrazo profundo y eterno; y de este modo, la unión del continente tiene en esa lazada fraternal la parte simbólica de su realidad; la Historia es su testigo y Guayaquil el relicario de tan bellos recuerdos. Nuestros mayores, es decir los emancipadores, los héroes, los mártires, los dueños de nuestro patrimonio republicano: aquéllos que nos legaron una historia legendaria recamada de proezas y de heroïcidades sin parecido, al proceder unidos en pos de la libertad, nos enseñaron que también nosotros deberíamos proceder a su manera; por ende vendrá a ser efecto fatal de la Historia americana la unión de las naciones; los efectos guardan siempre relación con las causas: los acontecimientos de la humanidad efectúan su desenvolvimiento en un rol de perfecta concatenación: la historia de la independencia suramericana no solo ha de quedar escrita; es una entidad real que mantiene una alma viviente, cuya labor habrá de ser proficua en la conducta de los americanos; entre todo lo que describe ese lapso histórico surge a modo de poema cincelado en infinito, el grito de unión que lanzara un egregio moribundo, desde las playas del océano; grito solemne de una alma inmensa que, no hallando cabida en la tierra, había abrasado su morada material, para subir a las áureas cimas de su propia glorificación. Con que si nuestros mayores vivieron y murieron unidos; si los hechos principales y más fastuosos de nuestra historia son efecto de su labor conjunta: si la libertad fue conseguida por todos en medio de hazañas y sacrificios ofrecidos en común inmolación; si Bolívar amonestó a todos a que se uniesen aprovechando las vinculaciones fraternales que les vinculaba, la unión vendrá a ser, tarde o temprano, la norma fundamental de vida internacional en América, donde, como hemos visto, existen circunstancias históricas especiales, modalidades, matices, manifestaciones y características inherentes a la organización social de casi todas las naciones.

No llegará a ser real aun, debido a grandes obstáculos que de hecho impiden al esparcimiento del criterio de la unión internacional. Ni al mismo Libertador se le ocultó cuánto debían desbrozar los pueblos de América al través



del enmarañamiento de dificultades nacidas de sus mismas circunstancias históricas y sociales.

La bondad humana requiere un largo acrisolamiento: las acciones puras provienen de sociedades que han agudizado la inteligencia a la luz de muchos padecimientos y sabias experiencias: las sociedades tienen su infancia como los individuos, y por tal han menester de períodos de ensayo y entrenamiento antes de entrar a la proveya; requieren vivir una vida de fracasos y desengaños, de levantamientos y caídas, para enderezarse al buen camino.

Bolívar lo supo todo esto y, acaso, se deba a lo mismo el que no haya previsto para muy pronto el verificamiento de sus ideales. América ha vivido algo más de veinte lustros levantando y cayendo, unas veces de pie, otras ante una multitud de tiranos que la han fustigado, dejando las huellas del vejamen en su rostro y las señas de sus salvajes en la abyección de las multitudes, pero no importa; ese triste destino no ha faltado a ningún pueblo de la tierra, y si no, dígalos el mismo pueblo inglés, cuando la conquista normanda, que dió al traste con las instituciones políticas, que más tarde dieron vida y forma al inimitable gobierno parlamentario de ese país.

ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Aun vivirá ensayando, aun vivirá bajo la bota y la espada, si bien no será ya muy largo su período de depuramiento; pues que los piratas han ultrajado los fueros del sacro hogar republicano han venido cayendo uno tras otro de los tablados que la feria política solía levantar. Luego nuestras nacionalidades difieren en mucho de las nacionalidades europeas; éstas se involucran con mallas de acero; sus fronteras son casi infranqueables por la resistencia que ofrece en cada una esa como tradición milenaria, que inspira el celo y el egoísmo en los individuos; tampoco cuentan esas naciones con vinculamientos de índole moral e histórica análogos a aquéllos que existen en el mundo internacional americano. Las nuestras no están destinadas a permanecer eternamente separadas; si los factores que entrevió el Libertador como contrarios a la inteligencia recíproca, actualmente existen, en cambio se van debilitando, bien es cierto que de una manera lenta, casi insensible. Pero no lo es menos cierto también que



los acontecimientos internacionales acaecidos durante las pos-trimerías del siglo pasado y los ocurridos en tiempos posteriores constituyen un verdadero indicio relativo a la existencia de corrientes encaminadas al fin preconizado por el Libertador. Las conferencias, los congresos habidos con el propósito de acordar los principios que reglen la vida internacional de los países americanos, aun cuando no hayan tenido efecto práctico, implicaban, por lo menos, un rasgamiento más de la espesura de egoísmos, susceptibilidades, contra-tiempos, litigios, etc., en que se involucra todo el Continente.

Convengamos, en suma, que no se trata de una utopía irrealizable, hablando del plan de conjunción continental, habida cuenta de su aspecto científico que le da trazas de realización, ora porque constituye una realidad orgánica que supone elementos que arraigan en el corazón de las naciones americanas, ora porque esos elementos han tenido en América origen y desenvolvimiento peculiares al par que una expresión viva de fuerzas y energías, que influyen a la continua, predisponiendo a los pueblos hacia un entendimiento recíproco y cabal de sí mismos. La ruta está trazada: si bien la meta a que conduce está muy alta, quienes han de alcanzarla tienen todas las virtualidades espirituales que agilitan a cuantos buscan el ideal: la empinada será agreste, la jornada envuelta en bruma, será duro subir a cuestas y más duro aún culminar toda la cima: no importa cuando ya los viajeros tienen resuelto el viaje, lista la sandalia para el camino, lleno el equipaje de ensueños y alistada el alma para la brega; no importa así mismo si el camino tiene encrucijadas donde acechan legiones caníbalescas: no importan las distancias y el tormento del cansancio si los viandantes llevan en su destino un talisman, cuyo nombre cobija la historia con acciones heráldicas y a cuya invocación sienten que el horizonte espiritual de América se dilata vuelto una hoguera sobrehumana de acercamiento fraterno. Acaso Bolívar, trocado en monarca del Olimpo, presida semejante peregrinación, mandando en jefe a las nuevas huestes, cuyo grito viene significando exterminio y baldón para los verdugos que a fuerza de salivazos han emporcado la faz inmaculada de las naciones. Sí; Bolívar triunfará y con las juventudes que han ejercitado sus fuerzas blandiendo el ideal en justas de apóstoles al conjuro de su nombre: no en vano



está prosternada la humanidad ante el gran americano; ni en vano su nombre se ha difundido por el orbe encarnando el símbolo del levantamiento espiritual; y triunfará sin tocar a muerte sino inflamando las almas con el fuego de sus ideales. No ha dejado de golpear el corazón de las naciones con el cetro de los inmortales, desde cuando pasó á vivir en la memoria de las generaciones irradiando resplandores, cual si un astro colosal fulgiese en el cenit del horizonte espiritual americano.

(CONTINUARA).



ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL